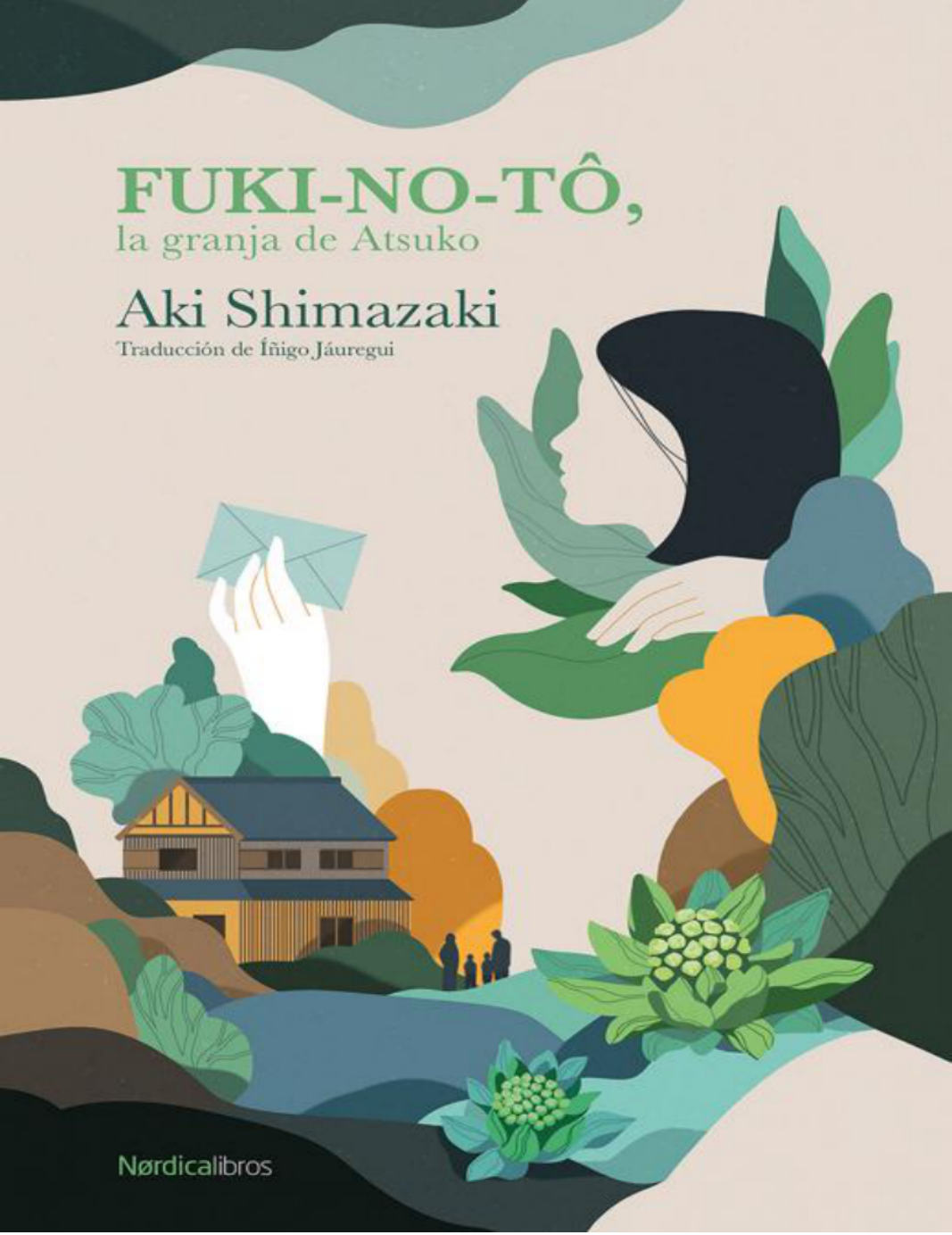
FUKI-NO-TÔ,
la granja de Atsuko

Aki Shimazaki

Traducción de Íñigo Jáuregui



Nørdicalibros

Aki Shimazaki

Fuki-no-tô,
la granja de Atsuko

Traducción de

Íñigo Jáuregui

Paseo por el bosquecillo de bambús.

Estamos a principios de marzo. En la sombra, quedan restos de nieve aquí y allá. Camino lentamente sobre la tierra húmeda. Las camelias rojas de corazón amarillo aparecen entre los viejos bambús de color verde grisáceo. Es una belleza simple y serena que adoro desde que era niña.

Heredé este terreno de mi padre, junto con la casa y los campos que están más arriba. Siento un gran apego por este lugar salvaje y tranquilo y me gustaría dejarlo tal cual está. No obstante, es hora de limpiarlo para sembrar nuevos bambús. Si no, se convertirá en una maleza impenetrable y la operación al final resultará muy cara, así que debo actuar pronto.

Nací en M., una ciudad próxima a U., el pueblo en el que vivo ahora con mi marido y nuestros hijos.

Mi padre era un asalariado. Cuando yo tenía diez años, dejó su trabajo y compró esta casa y estos terrenos en el pueblo. Soñaba con hacerse granjero. Llamó a su granja Tomo, la forma abreviada de su nombre de pila, Tomohiko.

Mis padres, que seguían viviendo en M., iban a la finca en coche. Durante mi adolescencia yo tenía que ayudarlos en el campo los fines de semana y en las vacaciones escolares.

Soy hija única. Mi padre me trataba como a un chico y me enseñaba cómo usar las herramientas mecánicas y máquinas robustas como el arado de vertedera y el cultivador. Él sembraba tubérculos: *daikon*, zanahoria, patata, remolacha, bardana. Mandó construir un gran invernadero para las verduras de hoja, principalmente espinacas. Mi madre intentaba acostumbrarse a la vida agrícola, pero no parecía verdaderamente feliz.

La granja Tomo marchaba bien. Evidentemente, mi padre quería que yo lo sucediese. Sin embargo, después de terminar el instituto en

mi ciudad, me fui a Nagoya para estudiar Comercio en un *tandai.*[1] Dado que esta metrópolis se halla bastante lejos de M., me alojaba en la residencia universitaria. La vida urbana me fascinaba y quería seguir viviendo en esa gran ciudad.

Tras acabar mis estudios, encontré un empleo en la revista *N.* de Nagoya. Tal como me esperaba, fui destinada al departamento comercial. Allí fue donde conocí a mi marido, uno de los redactores. Yo tenía veintiséis años cuando nos casamos. Al año siguiente nació nuestra hija y tres años más tarde, nuestro hijo.

Cuando aún vivíamos en Nagoya, mi padre murió de un cáncer de hígado. En esa época empecé a añorar la vida campestre. Dado que mi madre no quería seguir siendo granjera, decidí hacerme cargo de la granja Tomo, pero a mi manera. Pretendía dedicarme a la agricultura ecológica. Al principio marchaba al pueblo con los niños solamente los fines de semana, pero poco a poco empecé a ir entre semana sin ellos. Mi madre me acompañaba de vez en cuando para ayudarme.

La vida es imprevisible. Igual que hizo mi padre, mi marido dejó su empresa de repente, después de haber trabajado catorce años en ella. Montó su propia revista en M., mi ciudad natal, y nos instalamos aquí, en el pueblo de U.

Las cosas nos van bien a los dos y espero que todo siga así hasta nuestra jubilación. Actualmente me ocupo yo misma de la contabilidad y de otras tareas administrativas. Esto me agota y necesito una ayudante. He puesto un anuncio en la revista de mi marido y hasta ahora se han presentado tres candidatas, que desgraciadamente no me convencieron. Así que sigo esperando que llegue la persona idónea.

Salgo del bosquecillo de bambús. Empieza a ponerse el sol. Son casi las seis y debo preparar la cena. Avanzo unos pasos y, al mirar a la montaña, oigo la voz de mi marido.

—¡Atsuko!

Me vuelvo hacia él, que está bajando por el sendero. Mitsuo todavía lleva puestos el traje y la corbata. Esta tarde estuvo invitado a una recepción en el ayuntamiento de M. Al llegar junto a mí, me lanza una sonrisa relajada.

—Los niños tienen hambre. ¡Y yo también!

Me fijo en su rostro. Me viene a la mente la imagen de una mujer: la amante que tuvo mi marido hace unos años. Nunca se lo he dicho a Mitsuo, pero vi a su amante una vez delante del apartamento donde ella vivía. Le estaba «hablando» a su hijo mudo, claramente mestizo. Parecía tener unos cuatro años, igual que nuestro hijo. La madre llevaba un vestido beis de estar por casa. Me quedé impresionada por su belleza y sensualidad.

—¿Qué te gustaría cenar esta noche? —le pregunto a Mitsuo.

—Podría preparar arroz al curri.

—Los niños estarán encantados —digo sonriendo—. ¿Vamos?

—¡Espera!

Busca algo en el bolsillo de la chaqueta.

—Tengo una buena noticia para ti.

—¿Hay otras candidatas para el puesto de ayudante?

—Pues sí. Recibí una llamada poco antes de salir de la oficina.

—Es la cuarta persona. Espero que esta sea mi última entrevista.

—Por su forma de hablar, me pareció totalmente adecuada —continúa.

—¿Es joven?

—No. A juzgar por su voz, me la imagino de treinta y tantos. Se llama señora Enju.

—¿Enju? Nunca había oído ese apellido.

—Yo tampoco.

Me da un trozo de papel en el que hay anotado un número de teléfono y el nombre Fukiko Enju. El nombre de pila está escrito en *hiragana*, y el apellido en *kanji*.

—Ese *kanji*, «槐», es difícil de leer. Ella me explicó que es el nombre de un árbol que suele utilizarse para fabricar las máscaras del teatro *nô*.

—Qué interesante. ¿Dónde vive?

—Eso no lo sé.

Pienso en los brotes de bambú. A principios de mayo, los cosechamos con la pareja mayor que contrato según las necesidades. Su sabor y calidad siguen siendo excelentes y las ventas aumentan de año en año. De nuevo estaremos muy ocupados esta temporada, por lo que deseo fervientemente que esta candidata sea la definitiva.

Unos pasos más adelante, exclamo:

—¡Mira ahí! ¡Hay *fuki-no-tô*!

Mitsuo observa las yemas de un verde amarillento que crecen entre las húmedas hojas muertas. Es la primera vez que las encontramos aquí. Emocionada, le invito a cogerlas conmigo.

—Esta noche, cariño, cenaremos también tempura de *fuki-no-tô*.

—¡Buena idea!

Comienzo la recolección mientras le explico que los *fuki* tienen flores que pueden ser macho o hembra, como las de las espinacas.

—¿De verdad? No lo sabía —dice, extrañado.

A él le encantan los pecíolos y las hojas de *fuki*, que recuerdan al ruibarbo. Le enseño orgullosa cómo crecen esas plantas. Cada raíz da primero una flor, luego los tallos se extienden horizontalmente bajo la tierra y producen pecíolos, que salen del suelo, y al final de cada uno tiene una flor única. Intrigado, Mitsuo me pregunta: —¿Y los tallos permanecen todo el tiempo bajo tierra?

—Sí, se mantienen invisibles.

—¿Son duros?

—Sí, como las raíces.

—Qué curioso. ¿Esos tallos subterráneos son comestibles?

—¡Oh, no! Son tóxicos para los humanos.

Mitsuo arranca un *fuki-no-tô*, retorciéndolo. Sus largos dedos, acostumbrados al trabajo de oficina, son torpes. Su traje y corbata, tan poco apropiados para un lugar como este, evocan de nuevo a su examante.

—Qué casualidad —dice Mitsuo.

—¿Perdón?

Desconcertada, echo una ojeada a su rostro.

—Esa candidata se llama Fukiko —dice con tono burlón—. No tienes más que contratarla.

---

[1] Las palabras en cursiva están reunidas en un glosario al final del libro. (*N. del E.*).

Aquello ocurrió hace seis años, cuando aún vivíamos en Nagoya.

Un día recibí una llamada anónima al teléfono de casa. Un hombre me dijo en voz baja:

—Su marido tiene una aventura amorosa. ¿Lo sabía usted?

—¿Cómo?

Asombrada, le pregunté:

—¿Qué está diciendo? ¿Quién es usted?

—¿Que quién soy? —dijo, burlándose—. ¡Eso no importa, señora! ¿Le gustaría saber más cosas sobre ella?

Estaba conmocionada: «¡Mitsuo tiene una amante! ¿Desde cuándo?».

—Bueno, le voy a revelar su nombre y su dirección. Anótelos por si un día quisiera ver a esa amante. Vive cerca de la oficina de su marido.

«¡Amante!». Esa palabra me puso furiosa. «¡Y encima él la tiene cerca del trabajo! ¡Qué astuto!». Inmediatamente pensé que pasaba su tiempo libre con ella, cada vez que yo me iba al campo. Muy enojada, también con el chivato, quería colgar. Sin embargo, cogí el bolígrafo que estaba encima de la libreta. El hombre pronunció claramente los datos de contacto, después de lo cual colgó sin decir nada más. Ella se llamaba Mitsuko T., un nombre parecido al de mi marido.

Este incidente se produjo en una época en la que no teníamos relaciones sexuales. Yo sabía que Mitsuo frecuentaba los *fûzoku-ten*, tales como los *pink-salon*, pero cerraba los ojos. Desde el nacimiento de mi hijo, yo sentía aún menos deseo sexual que antes, y él, demasiado atareado con su trabajo, volvía tarde por la noche. No obstante, esta vez yo no podía ignorar lo que él estaba haciendo a mis espaldas.

Luego las cosas evolucionaron muy rápidamente.

En cuanto Mitsuo supo que yo conocía la existencia de su amante, me pidió perdón y me prometió que dejaría de verla. Su decisión fue

tan rápida que yo temía que su promesa no fuera realmente en serio. Al parecer, él tenía miedo de que yo plantease el divorcio. Además, me anunció algo totalmente inesperado:

—Atsuko, voy a dejar la revista *N*.

Me quedé perpleja.

—¿Has tomado una decisión tan importante sin contar con nadie?

—Lo siento, lo he decidido después de darle muchas vueltas.

Esto me recordaba al momento en que mi padre le dijo a mi madre: «Voy a hacerme granjero». Era un *shôsha-man* muy activo y con buenos ingresos. Yo comprendía la inquietud de mi madre, que nunca había imaginado convertirse en granjera.

—¿Cómo puedes dejar una profesión que te encanta? —le dije a Mitsuo—. Además, te pagan bien. ¿Qué quieres hacer después?

—No dejo mi profesión. Voy a fundar mi propia revista. Sabes que es mi sueño desde hace mucho tiempo.

—Sí, pero ¿por qué tan de repente?

—Ya tengo treinta y seis años. Es el momento. Si no lo hago ahora, no lo haré nunca. Esa fue mi conclusión.

—¿Dónde piensas hacerlo? ¿Aquí, en Nagoya?

—No, en M., tu ciudad natal, que tanto me gusta. Allí todo es mucho más barato y está a menos de una hora en coche de Nagoya.

—¿Quieres que vivamos en M.?

—No, en el pueblo. Tu negocio está creciendo. Será mejor vivir allí, sobre todo para los niños.

Tenía razón. Sin embargo, habíamos comprado una casa en Nagoya pensando que viviríamos mucho tiempo en esa ciudad. Asimismo, yo acababa de pedir un préstamo al banco hipotecando mi casa del pueblo, con el que debía pagar el equipamiento, la maquinaria y una furgoneta.

—¿Qué quieres hacer con esta casa? —le pregunté a Mitsuo.

—Solo hace falta venderla. En cuanto a mi oficina, podría alquilar un local en M. El pueblo solo está a quince minutos en coche. Es muy cómodo.

Estaba realmente decidido. Así pues, quería reconstruir nuestra vida conyugal, familiar y profesional instalándonos en el pueblo. Acabé aceptando su decisión con la esperanza de que nuestra vida mejorara.

Tres meses más tarde, Mitsuo dejó su puesto en la revista y enseguida se puso a arreglar los asuntos en M. Por mediación de una competente agencia inmobiliaria, vendió rápidamente nuestra casa. «¡Qué eficacia!», pensé, impresionada por su capacidad de organización y gestión.

Así fue como, tras haber vivido ocho años en Nagoya, nos acabamos trasladando a U.

Mitsuo trabaja de firme.

La revista que fundó se llama *Azami*. Es una publicación mensual dedicada a la historia regional y a las noticias locales. Cuando me pidió consejo sobre el nombre de la revista, le propuse el de *azami*, ya que la ciudad de M. es conocida por esa flor silvestre. Aceptó mi propuesta tras una breve reflexión, lo que me agradó mucho.

A Mitsuo le interesa la historia y la geología. Escribe artículos regularmente para la revista, que luego publica en recopilaciones. Lo invitan a menudo a dar charlas en las escuelas de la comarca. Hace poco recibió una carta de agradecimiento de la prefectura de Aïchi. Su revista se vende bien y siempre tiene un número suficiente de anunciantes.

Si se da la ocasión, hace viajes de un día para investigar o realizar entrevistas. Los destinos son variados. Cuando regresa, estoy deseando escuchar sus anécdotas. Me pide opinión sobre sus artículos y yo le respondo más bien haciéndole preguntas.

Entre semana, Mitsuo llega sobre las seis y cena en familia, incluso antes del cierre de edición. Si es necesario, después de cenar sigue trabajando en su habitación. Esto es muy diferente de la época en que estaba empleado. Además, me ayuda durante la temporada de cosecha, sobre todo los fines de semana. Naturalmente, pasa mucho tiempo con nuestros hijos y ellos están encantados. Suele llevarlos a la oficina para encargarles tareas sencillas. Yo también voy a verlo cuando mis actividades agrícolas me tienen menos ocupada y él nos muestra lo que está haciendo.

Ahora, igual que yo hago con la finca, él decide por su cuenta en lo que atañe a su negocio. Eso le da más motivación y energía. No se arrepiente en absoluto de haber dejado su anterior trabajo, de lo cual me alegro.

Mitsuo es el típico urbanita, como mi madre. Nacido y criado en el centro de Nagoya, no se imaginaba que podría vivir en este pueblo, un

lugar tan rústico y aislado. Pese a todo, intenta adaptarse poco a poco a él participando en las tareas agrícolas, y yo agradezco su esfuerzo.

En cuanto a nuestros hijos, una hija de trece años y un hijo de diez, van a la escuela del pueblo. Despiertos y activos, parecen más felices aquí que en la ciudad y me ayudan en la finca sin protestar.

Nuestra vida conyugal ha vuelto a la normalidad, como al principio de nuestro matrimonio. Formamos una familia sólida y creo que la decisión de mi marido ha sido verdaderamente beneficiosa para todos nosotros.

Son más o menos las nueve de la mañana. En mi escritorio, ordeno las facturas de esta semana, después de lo cual iré al invernadero a recoger espinacas.

Suena el teléfono. Es el señor R., que regenta un restaurante en M. Un viejo amigo de mi padre y uno de mis clientes importantes. Quiere hacer un pedido de brotes de bambú. Le informo de que ayer encontré un montón de *fuki-no-tô* en mi parcela. Al instante pide cincuenta para esta tarde, así como una caja de espinacas, como de costumbre.

Debo contactar con la señora Enju, la que llamó ayer por mi anuncio. Mitsuo me dijo que al teléfono esta candidata parecía correcta y me animó a contratarla. Desconfío mucho del juicio de un hombre sobre una mujer, igual que a la inversa, así que vamos a ver.

Marco el número de la señora Enju. Después de tres tonos de llamada, oigo una voz de chico, que exclama: «¡Mamá, es para ti!». La señora Enju se pone al teléfono:

—¿Diga?

—Soy la señora Kawano, la propietaria de la granja Tomo.

—Ah… Es usted.

Su tono es titubeante, así que me cercioro.

—¿Fue usted quien llamó ayer a la revista *Azami*?

—Sí, así es. Disculpe, creía que el dueño era un hombre.

Es la misma reacción que la de las tres candidatas anteriores.

—¿Algún problema con las emprendedoras?

—Oh, no, señora. Es solo que no me lo esperaba. Estoy llena de entusiasmo, me gustaría verdaderamente trabajar en su finca.

—¿Cuántos años tiene?

—Cuarenta.

Es de mi edad. Al escuchar su voz agradable y clara, perfecta para una recepcionista, tengo la impresión de haberla oído antes en alguna parte. Quizá sea la de una presentadora de televisión. Empiezo a hacerle las preguntas habituales:

—¿Tiene alguna experiencia laboral?

—No —responde con franqueza—. Después del instituto me casé, y desde entonces me he quedado en casa.

La típica ama de casa. Estoy un poco decepcionada.

—¿No ha ejercido ninguna profesión, ni siquiera como cajera a tiempo parcial?

—No exactamente. Trabajé un año como auxiliar en una empresa de ropa.

—¿Hace poco?

—No, hace diez años. Me puse enferma y tuve que dejarlo.

Pienso: «¿Solo un año de experiencia? Y hace mucho…». Empiezo a dudar. No me gustaría que mi empleada abandonase sus funciones tan rápidamente. Aunque mi esperanza disminuye, sigo con las preguntas:

—¿Tiene hijos?

—Sí, tengo dos, una hija de veintiún años y un hijo de diecinueve. Los dos son estudiantes universitarios.

Me quedo sorprendida: con cuarenta años ya tiene hijos tan mayores. Me cuenta que el menor todavía vive con ella y la mayor en un apartamento.

—Estoy disponible durante el día a las horas que especificó en el anuncio. Quiero decir, entre las nueve de la mañana y las cuatro de la tarde —añade.

—Perfecto. A propósito, ¿tiene usted alguna habilidad particular?

—Sí… —dice tímidamente—. Tengo un certificado de contabilidad comercial de nivel dos.

Reflexiono un instante. Mi ayudante también ha de ocuparse de las facturas y ser eficaz y precisa en los cálculos. Con esperanzas renovadas, le hago mi última pregunta:

—¿Dónde vive?

—Vivo en H.

Es una ciudad cercana a M. En mi cabeza evalúo el tiempo que se tarda de H. al pueblo. Toma veinte minutos en coche. No le queda lejos.

—Bueno, señora Enju —declaro—, me gustaría conocerla. Venga, pues, a mi finca mañana y traiga el currículum.

Estoy sorprendida por mi impulso de invitar aquí a esta desconocida. Había citado a las candidatas anteriores en la oficina de

mi marido, en M.

—¡Por supuesto! ¿A qué hora?

—A las dos de la tarde, si le va bien.

—Estaré allí sin falta —dice antes de colgar, aparentemente satisfecha.

Voy al invernadero a recoger espinacas. Luego vuelvo a la casa para almorzar. Caliento los restos de anoche y como a solas en una calma total.

Es la una. Salgo con una caja de cartón a recolectar *fuki-no-tô*. Hace bueno mientras bajo hacia el bosquecillo de bambús. El señor R. estará encantado de las yemas florales tan frescas, con las que prepara platos deliciosos en su restaurante. Esta noche coceré unas cuantas para saborearlas nada más que con una salsa ligera de soja.

Termino mi jornada a las cinco y vuelvo a casa. Los niños están haciendo los deberes, cada uno en su cuarto. Poco después llega mi marido del trabajo.

Mitsuo me informa de que hoy han respondido otras dos mujeres al anuncio. Según él, parecían jóvenes, de veintipocos. Le cuento mi conversación telefónica con la señora Enju.

—Tengo la impresión de que ya has decidido contratar a esa mujer —dice sonriendo.

Mitsuo va a veces a Nagoya por su trabajo. Sale de casa a primera hora de la mañana y vuelve antes de las seis de la tarde, después de pasar un rato en su oficina de M. Es uno de sus pequeños viajes habituales, como los que hace a otras localidades. Sin embargo, cada vez que va a esa ciudad me pongo nerviosa pensando en Mitsuko T., su examante. Quizá siga viviendo allí, en el mismo lugar, cerca de la revista *N*.

Nosotros ya no hablamos de ese incidente ocurrido hace seis años, como si nada hubiera pasado. Me parece que Mitsuo ha cumplido fielmente su promesa. Ante todo, nuestra propia relación seguramente ha mejorado. Sin embargo, siento un estremecimiento cuando pronuncia los nombres *Nagoya* y *N*. El recuerdo de esa mujer permanece en mí como una espina de cardo.

Mitsuo sabe que fue un desconocido quien me reveló su aventura amorosa, pero no sabe que vi a su amante y al hijo de esta, aunque fuera solo un momento. No me atrevo a decirle que lo espiaba, aunque él me estuviera engañando. Delante de él, nunca he pronunciado el nombre de Mitsuko T. Me limité a hacerle preguntas banales sobre ella, cuando él reconoció que tenía una aventura.

—¿Quién es?

—Es una antigua compañera de colegio.

—¿Cómo la volviste a encontrar?

—La vi por casualidad en un café, donde trabajaba de camarera.

—¿Cuánto tiempo lleváis liados?

—Tres meses.

—¿Tiene hijos?

—Sí, un hijo.

—¿Qué edad tiene?

—Cuatro años, como el nuestro. En realidad, no lo vi nunca.

Confundida, me preguntaba: «¿Mitsuo nunca ha visto a ese niño? Entonces, ¿dónde quedaba con su amante? ¿En un *love-hotel*? ¿Sabe

que ese niño es mestizo y mudo?». Yo notaba que él quería ser sincero respecto a su relación con Mitsuko T. Si hubiera seguido preguntándole, él me habría respondido de nuevo sin mentir. Al principio valoré su honestidad, pero acabé no queriendo saber nada más sobre aquello.

Me sentía herida y, al mismo tiempo, triste al pensar en nuestra vida conyugal. Mitsuo renunció a ver a su amante porque tenía miedo del divorcio y temía perder a su familia.

Yo comprendía su temor. Cuando él era un bebé, su madre dejó a su marido e incluso a su hijo para irse a vivir con otro hombre. Para él, pasara lo que pasara, era importante preservar a su familia, sobre todo permanecer junto a sus hijos.

Pese a todo, había algo en su actitud que me resultaba incomprensible. ¿Cómo pudo romper de buenas a primeras una relación amorosa por su esposa? ¿Cómo pudo olvidar tan fácilmente a una mujer tan hermosa y sensual? Mitsuo se disculpó: «Solo es una aventura. Romperé con ella inmediatamente». Me volví escéptica. ¿Cómo puede tener una idea tan simplista? Si la había amado, debería haber ido hasta el final con objeto de descubrir cuáles eran sus verdaderos sentimientos hacia ella y finalmente hacia mí. En ese caso me habría compadecido de él…, pero también de mí por vivir con un hombre que tenía el corazón en otra parte.

Aún siento repulsión por el hombre que, de forma anónima, me reveló la aventura de Mitsuo. Disfrutó con mi reacción de esposa engañada. Fue una broma pesada y no quise saber quién era. El problema fue que no resistí la curiosidad de ir a ver a la amante. Desde entonces no puedo ignorar lo que vi, esa mujer tan atractiva y misteriosa.

Mitsuko T. aparece de vez en cuando en mis sueños.

Estoy de pie delante de una ferretería. Ella baja del piso con su hijo. Lleva puesto un vestido sobrio y va sin maquillar. El niño habla con su madre en lengua de signos y ella responde de la misma manera. Se sonríen. Observo a la madre: pecho turgente, talle esbelto, largos cabellos negros recogidos. Cuando se vuelve hacia mí, la llamo: «¡Señora T.!».

Me despierto y murmuro: «He de olvidar todo esto. Espero que algún día ella desaparezca de mi memoria».

En mi despacho, deposito cuidadosamente en una caja los *fuki-no-tô* que acabo de cosechar. También son para el restaurante del señor R. Su frescura es crucial, así que él vendrá a recogerlos enseguida.

Llaman a la puerta. El reloj de péndulo marca las dos en punto. Debe de ser la señora Enju, la cuarta candidata para el puesto de ayudante. Me levanto: «¡Bien! Me gusta la gente puntual».

Curiosa, abro la puerta. Una hermosa mujer está de pie delante de mí, vestida con ropa sencilla. Lleva un bolso en bandolera azul oscuro. Sus largos cabellos negros están recogidos por detrás. Tengo la sensación de haberla visto antes: «¿Quién es?». Ella me mira con asombro.

—Tú debes de ser Atsuko Mori…

Sorprendida, la miro con atención. ¿Cómo es que sabe mi nombre de pila y mi apellido de soltera? Ayer, al teléfono, me presenté como la señora Kawano. Pasados unos segundos, exclamo: «¡Ah!». Ahora caigo en la cuenta de quién es.

—¡Tú eres Fukiko Yada!

—¡Increíble! —decimos las dos casi al mismo tiempo.

Perplejas, nos miramos fijamente por unos instantes.

Fukiko Yada era una de mis amigas cuando yo estaba en el instituto. Hacía veinte años que no nos veíamos. No se trata de una amiga cualquiera, ya que ocupaba un lugar especial en mi vida. Yo sabía que al acabar los estudios se había casado, pero ignoraba su nuevo apellido.

—Pasa.

La invito a mi despacho y ella me sigue sin decir una palabra. Como yo, debe de estar atónita. Cosas así ocurren, en efecto: mi marido se encontró a una compañera de la escuela primaria después de más de veinte años.

Fukiko se sienta en el sofá y observa el interior. Le sirvo una taza de té. Busco las palabras, pero no sé qué decir, así que nos quedamos

un buen rato en silencio. Mientras ella bebe el té lentamente, echo un vistazo a su piel sedosa y tersa. De pronto una pregunta me asalta: «¿Por qué desapareciste de repente?».

Ella es la primera en hablar:

—Así que te has hecho granjera. ¿Tus padres siguen bien?

—Mi madre sí, pero mi padre murió hace nueve años de un cáncer de hígado. Desde entonces llevo la finca yo sola.

—Tu padre murió tan joven… Lo siento.

Ella no conocía a mis padres ni yo a los suyos.

—¿Quién es el hombre con el que hablé por teléfono? —pregunta.

—Mi marido. Es el dueño de *Azami*. La fundó en solitario hace seis años.

—Entonces es él quien escribe y publica.

—Sí.

Le explico brevemente la carrera de redactor de Mitsuo, primero catorce años en la revista *N*. y luego seis años por su cuenta.

—Mi marido es un lector habitual de *Azami* —dice Fukiko, cambiando de tono—. Valora mucho la calidad de su contenido y de su escritura.

—A mi marido le alegrará saberlo. Por cierto, él me anima a contratarte.

—¿Y por qué, si no me ha visto nunca? —dice sorprendida.

—Por tu voz. Según él, suena bien por teléfono.

—Me siento halagada.

Sonríe, con esos lindos hoyuelos que tanto me gustaban en otro tiempo. Sus rasgos me parecen más finos que antes. Me recuerda a una actriz de una película clásica, o más bien a alguien que conozco.

—Ayer no reconocí tu voz, ni tú la mía —continúo—. Es extraño, ¿no?

Las dos íbamos a institutos diferentes, el suyo privado y el mío público. Las dos escuelas estaban situadas en el mismo barrio de una ciudad dormitorio de Nagoya. Yo iba desde mi ciudad en autobús y en tren. Nos intercambiábamos mensajes escritos en un cuaderno común. Esto duró un año, hasta el final de la escuela.

Fukiko sostiene la taza de té entre sus manos. Me fijo en su reloj de calidad.

—Es normal —responde—. No habíamos hablado más que tres

veces.

—¿Solamente tres veces?

Asiente y aparta la mirada hacia la ventana. En el cuaderno, cada una anotaba sus pensamientos sobre la vida y la filosofía, comentarios sobre una película o un libro. Y sobre todo sus sentimientos hacia la otra. No éramos amigas comunes y corrientes, así que la noticia de su boda me deprimió. Fue poco antes de mi entrada en un *tandaï* para estudiar Comercio.

Fukiko vuelve la cabeza hacia mí. Percibo pesar o tristeza en sus ojos. «¿Por qué desapareciste de repente?», me repito. Un sentimiento agridulce me oprime.

—¿Tu marido sigue trabajando en el banco Yamato? —le pregunto.

—¿Cómo sabes su profesión? —dice sorprendida.

—Por alguien que conocía a tu hermano.

—Ahora es director de la sucursal de T.

—¿De verdad?

El banco Yamato es uno de los más prestigiosos de Japón. Fukiko debe de llevar una vida acomodada. No entiendo por qué busca un empleo con un salario tan exiguo. De todas formas, sea cual sea su situación económica, no quiero que venga aquí únicamente a pasar el rato.

—¿Puedes contratarme? —pregunta Fukiko, mirándome fijamente.

—Me incomoda convertirme en tu jefa.

Insiste:

—Prueba, al menos. Si no doy la talla, no tienes más que despedirme.

Reflexiono. Ya no somos amigas y lo pasado, pasado está. Si no congeniamos, se irá. No obstante… Mientras pienso qué decir, añade: —No me marcharé de repente como la otra vez.

—¿Cómo?

—Todavía lamento lo que te hice.

—Lo recuerdas…

—Por supuesto. ¿Cómo podría olvidarlo? Te pido perdón ahora.

Su voz es clara y firme, pero la taza tiembla entre sus manos y tiene los ojos empañados. No me gusta caer en el sentimentalismo, de modo que le suelto en tono alegre: —Excusas aceptadas. ¡Pasemos página!

—Entonces, ¿vas a contratarme?

—Primero dame tu currículum. Te haré algunas preguntas y luego tomaré mi decisión.

Saca un sobre del bolso tejano en bandolera. Mi mirada se posa en ese tejido azul, que me recuerda a la tapa de nuestro cuaderno. ¿Lo conservará todavía?

Me entrega su currículum y su certificado de contabilidad comercial de nivel dos. Ojeo rápidamente los documentos y en ellos encuentro lo que me explicó por teléfono: un año como auxiliar en una empresa de ropa. En la sección «Pasatiempos», leo: escuchar música, ir al teatro, coser y trabajar en el jardín. Vive en un condominio situado en un barrio elegante de su ciudad, H.

—¿Dónde practicas la jardinería? —le pregunto.

—Solamente en el balcón de mi apartamento. Cultivo flores, hierbas y algunas verduras. Me encanta. ¿Te acuerdas de mi sueño?

—¿Tu sueño? —digo, desorientada.

—Sí. Soñaba con tener una granja en un entorno maravilloso como este. Mi tío paterno tenía una, grande, cerca de mi ciudad natal. De adolescente yo solía ir a ayudarle.

—Mi finca es pequeña. El salario es de mil yenes por hora, como indiqué en el anuncio. No es gran cosa para ti, pero es la cantidad que podría ofrecer en este momento. Naturalmente, si quieres, podrías llevarte verduras gratuitamente…

—No te preocupes, Atsuko —me interrumpe—. Lo haré lo mejor que sepa, sean cuales sean tus expectativas, ya sea en la oficina o en los campos.

—¡Bueno, estás contratada! —decido finalmente—. Empiezas el próximo lunes a las nueve de la mañana. Te dejaré lista ropa de oficina y de campo.

Sonríe ampliamente con sus graciosos hoyuelos.

Llaman a la puerta. El señor R. viene a buscar sus *fuki-no-tô* y se la presento: —Esta es mi nueva ayudante, la señora Enju.

Él se la queda mirando con los ojos abiertos de par en par, aparentemente embriagado por su belleza. Se inclina ante Fukiko, que lo saluda amistosamente. Le doy la caja y él la abre para mirar el contenido.

—¡Qué bonitos son los *fuki-no-tô*! —exclama—. Son ellos los que anuncian la primavera. Espero que sea una temporada magnífica.

Abona la factura y se marcha canturreando.

Fukiko me dice:

—Tengo un hermano y una hermana pequeños. Mi madre, que quería otra hija, se puso muy contenta con mi nacimiento y me llamó Fukiko, «hija de la petasita».[2] Por desgracia, no fui la hija que mis padres esperaban.

Mientras eleva los ojos hacia el cielo azul pálido en este arranque de la primavera, yo echo una ojeada a su rostro distinguido y femenino.

---

[2] Arbusto perenne que se encuentra tanto en Europa como en el norte de América y de Asia. (*N. del T.*).

Mitsuo ha vuelto del trabajo.

Le hablo de mi nueva ayudante y él se alegra por mí.

—Finalmente has contratado a la señora Enju. Me lo imaginaba.

Sin embargo, le sorprende enterarse de que esta candidata era mi amiga del instituto, a la que no había vuelto a ver desde que terminó la escuela.

—Ha sido toda una casualidad —le repito.

—Qué pequeño es el mundo… —murmura.

Se queda un momento callado. Percibo cierta turbación en su cara, pues imagino que piensa en su reencuentro con Mitsuko T. ¿Estaba enamorado de ella cuando iban a la escuela?

—Mitsuo, puedes llamarla por su nombre de pila, Fukiko.

Él baja la cabeza y a continuación me cuenta su día ajetreado. Está escribiendo un artículo sobre un pueblo vecino, donde recientemente se han encontrado restos de la época Jômo. El tema me interesa, pero le escucho sin prestarle demasiada atención.

En efecto, mi mente no está tranquila desde esta tarde. Pienso continuamente en Fukiko y el corazón me late con fuerza. ¿Qué me pasa? De haber sabido que era ella al teléfono, seguro que yo no habría aceptado seguir adelante con la entrevista. Por desgracia es demasiado tarde.

Sigo distraída.

—¿Qué te ocurre? —dice Mitsuo, mirándome a los ojos.

—Nada —respondo, volviendo al presente.

Mitsuo me suelta de pronto:

—¡Atsuko, nos vamos de vacaciones!

—¿Vacaciones?

—Sí, un viaje nosotros dos solos.

—¿Quieres decir sin los niños?

—Sí. Hace mucho que no viajamos tú y yo.

—¿Pero a dónde?

—Podríamos visitar la isla de Sado, que tú querías conocer algún día.

—¿La isla de Sado? ¡Qué bien!

Me sonríe, satisfecho.

—Pero primero debo formar a Fukiko para que se acostumbre a su puesto.

—Claro. Espero que sea tan eficaz como tú.

Al caer la noche, me cuesta dormirme.

Tengo la mente agitada por reminiscencias de la época en que conocí a Fukiko. Mis recuerdos soterrados emergen de pronto a la superficie. Ahora me acuerdo con todo detalle de los acontecimientos, que había olvidado por completo todos estos años, sobre todo después de mi boda.

Mitsuo respira apaciblemente mientras duerme. En mi cabeza, le hablo: «Como yo, tú debiste de emocionarte verdaderamente al reencontrarte con tu antigua compañera después de tantos años. Su feminidad sin duda te impresionó».

De pronto me doy cuenta de otra coincidencia. ¡Fukiko se parece a su examante! El corazón me late con fuerza. Mitsuo se quedará impactado cuando le presente a mi nueva ayudante.

Fue a comienzos de mi último año de instituto.

En nuestra escuela, la radio estudiantil ponía música clásica en la pausa de mediodía. Cada día se elegían y presentaban algunas piezas según las peticiones recibidas. También se daban noticias relacionadas con la escuela.

Un día, mientras yo tomaba el *bentô* con una compañera, oímos anunciar a la presentadora: —Hoy os presento el *intermezzo* de la ópera *Carmen* de Bizet. Esta petición nos ha llegado por correo postal, lo que es una novedad. El remitente se identifica únicamente por la inicial F. y el nombre del instituto vecino B. Y la música va dedicada a Atsuko Mori, de tercer curso. Es un fragmento magnífico. Estoy segura de que os transportará por unos momentos a un universo romántico. ¡Que lo disfrutéis!

—¡Eh, es para ti, Atsuko! —exclamó mi compañera.

—¿F.? —dije, perpleja—. ¿Quién es? No conozco a nadie en ese instituto.

—¡Será un admirador secreto!

Me puse toda roja. Primero se oyó el sonido templado de un arpa, seguido de una flauta. En el colegio habíamos estudiado esa pieza en clase de música y a mí me había encantado. Todo el mundo conocía esa ópera, sobre todo con este movimiento maravilloso del *intermezzo*. Era mi favorito. Pero ¿cómo lo sabía ese chico, F.?

—Tiene buen gusto, ¿no? —le susurré a mi compañera.

—Sí. Tiene clase a juzgar por su elección y su forma de enviar un mensaje amoroso. Estoy deseando saber quién es.

Al escuchar la dulce melodía, imaginaba a un chico guapo. Todavía no tenía ningún pretendiente y estaba emocionada: «¡Alguien piensa en mí!». El instituto B., privado y distinguido, era famoso por ser una puerta de entrada a las mejores universidades. Esa institución era el sueño de mucha gente. Yo había querido estudiar en él pero mi padre se había opuesto, pues no le gustaba la mentalidad elitista.

La música terminó. Mi compañera se puso a enumerar apellidos: —Fujimoto, Fujiwara, Fukagawa, Fujita, Furuta, Fukuyama, Fujimori…

—O bien Fujio, Futoshi, Fumio —la interrumpí.

—¿Un nombre de pila? ¿Por qué no? Conozco a un chico de ese instituto que se llama Fuminosuke. Es muy inteligente pero un poco raro. No es para ti.

—¿Fuminosuke? ¡Qué nombre tan antiguo! —dije.

Este suceso me tuvo varios días agitada. Pasé tres veces a propósito delante del instituto B. esperando cruzarme con el alumno en cuestión. Pero no ocurrió nada y nadie me dirigió la palabra. Concluí que se trataba verdaderamente de un admirador secreto, como dijo mi compañera.

Transcurrieron algunas semanas. Cuando ya no pensaba seriamente en esta historia, fui abordada por una chica delante de mi escuela. Llevaba el uniforme del instituto B.

—Tú eres Atsuko Mori, ¿verdad?

—Sí…

Nunca había reparado en ella. Me miraba fijamente y, sin saber por qué, yo sentía algo intenso y extraño a la vez.

—Me llamo Fukiko Yada —se presentó, y bajó la mirada.

«¡Fukiko Yada!», repetí para mis adentros. Comprendí finalmente que no era un chico sino una chica. Atónita, me cercioré: —¿Fuiste tú quien me dedicó la música de Bizet?

—Sí.

Sonriendo con sus lindos hoyuelos, me preguntó:

—¿Te gustó la música?

—Sí, mucho. Pero… —respondí, todavía desconcertada.

—Creías que era un chico, ¿no?

Bajé la cabeza. Me observaba fijamente, con mirada febril. Parecía querer decirme algo más. Yo me quedé inmóvil, como si me hubieran hechizado.

—Es para ti, Atsuko —dijo, tendiéndome un sobre.

Como yo dudaba en cogerlo, insistió:

—Por favor…

En cuanto lo cogí, se marchó sin esperar mi respuesta. El sobre parecía contener un libro. ¿Otro regalo? Sentía palpitaciones, como si hubiera recibido una carta de amor.

Fui a un jardín público. Sentada en un banco, abrí el sobre. Era un cuaderno encartonado, forrado con una tela en la parte inferior de la cubierta. Me quedé impresionada por su originalidad. Debía de haber sido ella quien hizo esa portada. Dentro, había una carta.

Hola, Atsuko:

Espero que mi súbita aparición no te haya desconcertado demasiado. Necesitaba comunicarme contigo.

Un día te vi en el tren. Estabas charlando con compañeras de tu escuela, que te llamaban «Atsuko-san» o «Mori-san». Comprendí que estabas en tercero, como yo. Hablabais apasionadamente de la ópera *Carmen*. Me gusta la música clásica y el teatro, y llevo mucho tiempo queriendo tener una amiga como tú.

Me gustaría que intercambiáramos ideas u opiniones sobre cualquier tema. Si estás de acuerdo, respóndeme en este cuaderno y devuélvemelo el próximo viernes. Te estaré esperando delante de mi escuela a las cinco. Si mi propuesta no te interesa, simplemente quédate con el cuaderno.

El lunes, según lo acordado, Fukiko empezó a trabajar en mi finca.

Le expliqué sus tareas administrativas. Parece deseosa de aprender y me hace preguntas pertinentes. Sus ojos brillan de curiosidad. Luego recogimos espinacas ecológicas en el invernadero. Ella arranca las verduras de la tierra cuidadosa y eficazmente, con semblante animado.

Tras la pausa de mediodía vamos a recolectar *fuki-no-tô*, pues el señor R. necesita una caja para esta tarde.

Hace bueno. Cada una de nosotras coge una cesta y un cuchillo. Fukiko me sugiere que llevemos también papel de periódico humedecido. Es una buena idea, ya que así se puede conservar la frescura de estas plantas jóvenes y delicadas. Ella me sigue calzada con botas de goma de mi madre, que encontré en el trastero.

Bajamos por el sendero. Le digo que pronto será la temporada de los brotes de bambú y que la pareja de vecinos mayores vendrá para ayudarnos a recolectarlos. Mientras hablo, pienso en el viaje que Mitsuo y yo planeamos hacer a la isla de Sado. «¿Iremos antes o después de la cosecha?».

Los ruiseñores cantan en los ciruelos.

—¡Ah, el olor de la primavera! —exclama Fukiko—. ¡Qué felicidad caminar al fresco!

Se comporta con naturalidad, como si «nuestro pasado» no hubiera existido, lo que me tranquiliza. Ya me siento a gusto con ella.

Empezamos a coger *fuki-no-tô*. Ella corta hábilmente cada tallo floral con un cuchillo, sin estropear la raíz. Quince minutos más tarde, su cesta está casi llena mientras que la mía solo está a la mitad.

—¡Eres muy habilidosa! —la felicito.

Fukiko era un ama de casa típica hasta hace muy poco. Cocinar para su marido y dos hijos activos, confeccionar ropa, además de cuidar a su suegra enferma, que murió hace unos años… Para hacer todo eso, pienso, ha de tener una gran capacidad de organización.

De pronto, Fukiko me suelta:

—Estoy a punto de divorciarme.

Me paro, sorprendida:

—¿Divorciarte?

—No seas tan dramática, Atsuko. Se trata de una separación de mutuo consentimiento. Él ya está con otra —responde sin dejar de caminar.

—¿Con otra? Pero ¿cómo así? —balbuceo.

—Tranquila, todo va bien en nuestra casa. Solo quiero que lo sepas.

Sigo desorientada.

—Fukiko, ¿por qué no me lo dijiste en la entrevista?

—Perdona. De todas formas, eso no cambiará nada mi trabajo aquí. Estoy feliz de comenzar una nueva vida.

Echo un vistazo a su cara de perfil. No va maquillada. La piel sedosa, las pestañas negras y largas, los labios sensuales. Aparto la mirada. Ella sigue hablando. Mis manos permanecen quietas mientras que las suyas siguen atareadas.

—Con todo, llegar a esa decisión habrá sido difícil para los dos —digo.

—No mucho. Cuando descubrí que estaba con otra, me sentí más bien aliviada.

—Entonces, ya no lo querías.

—Sí. Lo sigo queriendo. Es un hombre bueno y responsable. Un padre atento y un buen empleado.

Describe a su marido como yo lo haría con Mitsuo.

—Fukiko, ¿cómo reaccionaste cuando te enteraste de que te engañaba?

—Lo entendí, puesto que no teníamos relaciones sexuales. Es un hombre normal que necesita a alguien que no soy yo. Primero que todo, no estamos hechos el uno para el otro.

—¿Entonces no sientes celos?

—No. Al contrario, estoy contenta. Por fin ha encontrado una mujer que le va. Se la merece. Mis hijos se llevan bien con ella.

—Si todas las mujeres pensaran como tú, todos los hombres se alegrarían —le suelto en broma.

Se ríe. La expresión de su cara es libre y radiante. Su encantadora sonrisa y esos hoyuelos me siguen enterneciendo.

Me quedo un momento pensativa. Mitsuo y yo estuvimos varios años sin tener relaciones íntimas y él inició una aventura con Mitsuko T. Evidentemente yo me quedé conmocionada, pero no aterrorizada ni inquieta ante la posibilidad de un futuro sin él.

Sin dejar de hablar, Fukiko no para de coger *fuki-no-tô*. Sin yo darme cuenta, llena incluso mi cesta, por lo que vuelvo a felicitarla.

—Desgraciadamente, mi marido y yo no tenemos la química necesaria para mantenernos unidos.

—¿La química? —repito, desconcertada.

—Sí. El amor que une a una pareja. Dos personas que se aman sin condiciones ni un motivo particular, como ligadas por una cadena invisible.

Me quedo callada. Me acuerdo de su mirada febril cuando me dirigió la palabra delante de mi instituto. Aunque su gesto me sorprendió, no tuve un sentimiento negativo. Más bien experimenté una especie de azoramiento que nunca antes había sentido con una chica.

—Yo no puedo amar a un hombre como una mujer «normal». Sin estar segura de mi naturaleza, hice enormes esfuerzos para que nuestro matrimonio funcionara.

Sus palabras me espolean. ¿Enormes esfuerzos contra su naturaleza para que el matrimonio funcionara? Pienso en Mitsuo, un urbanita típico, que trata de adaptarse a la vida rural. Cada vez que marcha a Nagoya o a otra gran ciudad, parece revivir como un pez en el agua.

Fukiko coge su cesta repleta.

—¡Qué excelente cosecha! ¿Tenemos suficientes?

—Sí…

—Entonces nos vamos.

Sube el sendero con pasos seguros y firmes. Yo la sigo en silencio, turbada por su expresión «sin estar segura de mi naturaleza».

Mitsuo llega a casa a eso de las seis de la tarde. Me cuenta su día en la oficina, y yo a él mi jornada en la finca.

—¿Qué tal la nueva ayudante?

—Fukiko es fantástica. Nos entendemos realmente bien.

—Mi intuición era acertada. ¡Estoy deseando conocerla!

Me quedo un momento callada. Imagino su reacción cuando vea a Fukiko, tan femenina y sensual, parecida a su amante.

—Pienso organizarle una cena de bienvenida en el restaurante del señor R. Mi madre y los niños también irán. Quizá un viernes por la noche.

El restaurante está al lado de su oficina y él podría ir directamente después del trabajo. Contento, me responde:

—De acuerdo. Estaré allí sin falta.

También le gustaría conocer algún día al marido de Fukiko, lector asiduo de *Azami*. Le comento que el señor Enju es director de la sucursal del banco Yamato en T. Esta noticia parece sorprenderle. Me abstengo de decirle que están tramitando el divorcio.

Mitsuo despliega en la mesa folletos turísticos a todo color. Una gran isla rodeada de un mar esmeralda me fascina de inmediato.

—¡Es la isla de Sado! —exclamo.

—Vamos a viajar allí, solo nosotros dos, como dijimos.

—¿Antes o después de cosechar los brotes de bambú? —le pregunto.

—Estaré muy liado en mayo, así que nos conviene ir antes. Espero que tu madre pueda cuidar de los niños.

—¿Mamá? No habrá problema. Ya sabes que nos anima a que viajemos sin ellos.

Mitsuo me trae un calendario y examinamos las fechas factibles. Me propone tomar cuatro días prolongando un fin de semana tras la salida del próximo número, lo cual es ideal para Fukiko, pues solo tendrá que ocuparse del trabajo de oficina el viernes y el lunes.

Reflexiono. En general a Mitsuo no le gusta pasar las vacaciones en sitios tranquilos y aislados. Siempre elige una gran ciudad cuando viajamos en familia. El *camping*, por ejemplo, queda descartado para él. Así pues, su propuesta de visitar la isla de Sado es realmente para complacerme.

—Cariño, ¿estás seguro? —me cercioro—. Podríamos cambiar de destino, ir a Kioto o a Kobe, por ejemplo.

—No te preocupes por mí —me responde espontáneamente—. Me gustaría escribir una pequeña crónica del viaje. Te seguiré a todas partes en la isla.

Los niños vienen con nosotros a la mesa y miran los folletos. Como yo, admiran el mar esmeralda, las rocas, la playa. También hay bosques, campos de flores, senderos montañosos. Ellos prefieren que su abuela venga a nuestra casa durante el viaje, así que la llamo por teléfono y ella acepta de buena gana.

—Solo falta reservar alojamiento —le digo a Mitsuo—. Encontraré un *ryokan* que se ajuste a nuestro presupuesto.

Cenamos. Los niños hablan entre ellos. Mitsuo come con aire pensativo. Estará cavilando sobre alguno de sus artículos. Lo imagino escribiendo un texto y leyendo el artículo en el barco, en el *ryokan* y en la playa.

—¿Cuándo fue la última vez que viajasteis sin nosotros? —nos pregunta mi hija.

—Fue en nuestro viaje de novios —respondo.

—¡Hace catorce años!

—Tú naciste al año siguiente, y después lo hizo tu hermano. Desde entonces siempre hemos viajado con vosotros.

—Podíais contar con la abuela.

—No se nos ocurrió esta idea. En cualquier caso, vosotros dos pronto iréis con vuestros amigos, así que está bien que hayamos pasado las vacaciones en familia.

—Ahora nos apañamos bien. ¡Aprovechaos! —me interrumpe mi hijo.

—¡Ah, qué hijos tan majos tenemos! —dice mi marido, riendo.

Después de cenar, observo nuevamente las fotos de los folletos: el mar, un gran ferri, una playa, gaviotas volando sobre las rocas. Me encanta la naturaleza pura y salvaje. Echo una mirada a Mitsuo, que

está tomando el té con el mismo aire pensativo. Las palabras de Fukiko me vienen a la mente como un fogonazo: «Sin estar segura de mi naturaleza».

Fukiko sigue trabajando con diligencia y eficacia.

Entiende mejor la contabilidad que yo. Me hace sugerencias útiles al tiempo que despacha sus asuntos rápidamente. No escatima esfuerzos a la hora de limpiar el cobertizo, lleno de herramientas y aperos. Ordena regularmente el trastero situado al fondo de la oficina, con lo que ahora hay más espacio para el taller. Todo ha mejorado desde su llegada.

En verdad subestimé sus habilidades. Resulta embarazoso contratar a alguien como ella por un salario tan bajo, pero, con mi presupuesto limitado, no estoy en condiciones de subírselo. Le he propuesto que almuerce en mi casa a mediodía y ha aceptado.

Hoy llevo a Fukiko al bosquecillo de bambús, que todavía no ha visto. A la vuelta, podremos coger *fuki-no-tô*. Será una de las últimas cosechas de la temporada. El señor R. espera mi llamada para venir por una caja, como de costumbre.

El cielo está ligeramente cubierto. Fukiko y yo bajamos por el sendero con nuestras botas de goma. Le cuento que pronto haré un pequeño viaje a la isla de Sado con mi marido y que ella se quedará sola dos días, el viernes y el lunes.

—¿La isla de Sado? Es un lugar que me gustaría visitar algún día. ¿Vais con los niños?

—No, mi madre vendrá a nuestra casa para cuidarlos.

—Ah, bien…

Añado que será nuestra primera salida en pareja desde el viaje de novios. No dice nada para animarme, como «¡Buena suerte!» o «Me alegro por ti». Por el contrario, me pregunta: —¿Le quieres?

—¿Cómo?

La miro, asombrada.

—Lo siento, soy una indiscreta —se disculpa.

Demasiado tarde: esa pregunta me ronda desde hace un tiempo. Fukiko aún no conoce a Mitsuo. Mañana voy a presentarlos

mutuamente en el restaurante del señor R.

—¿A qué viene esa pregunta? —le digo.

—Por cómo hablas de tu marido, tengo la impresión de que vivís como hermanos. Igual que en nuestra casa.

—¿Por qué te casaste impulsivamente con ese hombre? —pregunto, sin poder evitarlo—. ¿Estabas realmente enamorada de él?

Me paro y pienso, avergonzada: «¿Por qué he dicho eso?».

Fukiko eleva los ojos hacia el cielo nublado. Vuelvo a experimentar un sentimiento amargo. La noticia de su compromiso nupcial me había alterado y deprimido. Por suerte mi examen para entrar en el *tandaï* ya había pasado. Si no, me habría costado mucho superar la prueba.

Entramos en el bosquecillo de bambús. La nieve ya se ha derretido. Entre las viejas plantas de color verde grisáceo, Fukiko repara en las camelias rojas de corazón amarillo.

—El rojo y el gris, como la luz y la sombra…

Luego responde a mi pregunta:

—Me acosté con un hombre para demostrar que yo era «normal».

Atónita, la miro fijamente a la cara. No me esperaba esa respuesta.

—¿Un hombre? ¿Te refieres a tu marido?

—Sí, era amigo de mi hermano.

—¿Pero para demostrárselo a quién?

—A mis padres, que estaban preocupados por mi conducta. Temían que me volviera como mi prima, la sobrina de mi padre, que no salía más que con chicas. Se negó a casarse y un día se suicidó. Tenía treinta y cinco años.

—¿Por qué? ¿A causa de su familia, que se avergonzaba de su identidad sexual?

—Es lo que supusimos, pero la realidad no parece tan simple.

—¿En qué trabajaba?

—Mi prima era presentadora de televisión. Se llamaba Yumi Y. Una agencia llevaba sus asuntos. Allí, Yumi se enamoró locamente de una empleada. Cuando salían juntas, creían que era por razones profesionales.

—La familia de tu prima ya estaba al tanto de…

—¿De su sexualidad? Sí, pero sus padres le pidieron que lo

mantuviera en secreto y no saliera del armario. Como los míos, venían de una vieja familia tradicional, y Yumi los comprendía.

—¿Qué pasó?

—Mi prima se hizo famosa en su profesión. Su pareja no soportaba permanecer en la sombra y quería que Yumi hablara abiertamente de su relación.

—¿Y entonces?

—Yumi se la presentó a sus amigos y a su familia cercana. Sus padres trataron de respetar su «elección».

—Eso estuvo bien, a pesar de todo.

—Pero no fue suficiente para su pareja. Ella quería ser reconocida públicamente e insistía en que Yumi anunciara su relación en su programa.

—Pobre… Así que estaba acorralada.

—Efectivamente.

—Como no actuó según el deseo de su pareja, esta desveló su relación en una revista de cotilleos. No sabemos lo que ocurrió a continuación entre ellas. Solamente nos enteramos de que mi prima había muerto tras ese incidente. De eso hace más de treinta años, pero los habitantes de su ciudad natal todavía se acuerdan de esta historia.

Al escucharla, recuerdo la historia casi idéntica de una cantante talentosa y dinámica. Yo tenía unos diez años. Aunque esta artista era muy popular, desapareció súbitamente de las pantallas de televisión. Fue a causa de su pareja, que divulgó su relación sexual a los medios. Ser homosexual era escandaloso en aquella época. Ahora los famosos salen del armario antes de que empiecen los chismes, a pesar de lo cual este tema sigue siendo delicado en la vida privada.

—Entonces, tú te casaste con el amigo de tu hermano.

—Así es.

Recuerdo que ella me había mencionado al amigo de su hermano en nuestro cuaderno, un joven que trabajaba en un banco.

—Él quería salir conmigo —continúa—. Accedí para tranquilizar a mis padres y, después de algunas citas, resultó que me quedé embarazada. Él me pidió matrimonio y tres meses más tarde celebramos la boda.

—Solo tenías dieciocho años. ¿Cómo reaccionaron tus padres al hecho de que te casaras tan joven?

—Se quedaron sorprendidos, sobre todo por mi embarazo. Pero les gustaba ese joven educado que ya tenía un buen empleo. No pusieron objeciones. Al contrario, estaban contentos y aliviados de que al final yo fuera «normal».

El cielo se despeja ligeramente de nubes.

—Así pues, ¿no revelaste a nadie tu verdadera sexualidad?

—No.

—¿Ni a tu marido?

—No. En primer lugar, yo no estaba del todo segura —dice, bajando la cabeza.

Desconcertada, no sé qué decir. Tras un momento de silencio, continúa: —Segura o no, ¿de qué sirve confesar algo semejante? ¿Para avergonzar a mi familia y a mis hijos y humillar a mi marido? ¿A quién haría feliz con eso? A nadie. Prefiero mantenerlo en secreto. Aun después de nuestro divorcio, eso no cambiará.

Eleva de nuevo el rostro. Tiene los ojos humedecidos y la voz ahogada.

—Yo no tenía intención de engañarle y hacía grandes esfuerzos por vivir en armonía con ese hombre sincero. Creía que acabaría amándolo de todo corazón —dice.

Una lágrima resbala por su mejilla.

—Qué triste… —murmuro.

Está temblando. Siento ganas de abrazarla. Hacer esfuerzos por querer a alguien o algo… Pienso en mi marido, que trata de adaptarse al campo. A menudo me hago la ilusión de que a mi pareja le gusta la naturaleza, por lo menos.

Fukiko y yo llegamos al centro de la arboleda de bambús. Ella observa el terreno.

—Después de mi viaje a la isla de Sado, cosecharemos los brotes. Como te dije, la pareja mayor que vive al lado vendrá a ayudarnos.

—¿Tu marido también te ayuda?

—Mitsuo lo intenta cada año, pero está bastante ocupado con su trabajo. De todas formas, es más bien torpe y no cuento demasiado con él.

Fukiko sigue examinando el terreno. Le hablo de mi proyecto de acondicionarlo para que los bambús crezcan mejor.

—El padre de Yumi los cultiva en un pueblo, cerca de Kioto —dice,

volviéndose hacia mí.

Me quedo sorprendida.

—Sus brotes se venden muy bien y a un precio elevado —añade—. Sin embargo, al principio le costó. Me repite que los inicios fueron exigentes: renovar la tierra, estercolar, plantar en hileras los nuevos bambús, escardar. Pero ahora tiene mucho éxito.

Reacciono al instante ante esta noticia.

—Fukiko, ¿puedes presentarme a tu tío? Necesito información y consejos.

Sonríe al fin mientras me hace un saludo militar.

—¡A sus órdenes!

Salimos del terreno de bambús. El cielo está completamente despejado.

Antes de subir de nuevo por el sendero, recolectamos los últimos *fuki-no-tô*. Trabajamos en silencio. El sol primaveral templa agradablemente nuestras espaldas. Es un momento de tranquilidad serena y gratificante.

Es domingo. Acabamos de comer y estoy descansando a solas en el salón. En la radio ponen una sinfonía de Schubert. Leo el último número de *Azami*, que Mitsuo me trajo anoche. Me dispongo a echar una siesta, algo que he empezado a hacer recientemente para relajarme los fines de semana.

Suena el móvil. Es mi madre, que me habla del divorcio reciente de su amiga, de un actor que se está muriendo de cáncer, de un nuevo restaurante en su barrio, *etc.* Parlotea cambiando constantemente de tema, sin transición. Sin despegar los ojos de la revista, presto poca atención a sus historias.

—Es guapa, ¿no crees? —dice mi madre.

—¿Quién? —pregunto, distraída.

—¡No me estás escuchando! —dice, subiendo el tono de voz—. Hablo de la señora Enju.

Han transcurrido dos días desde nuestra cena en el restaurante del señor R.

Según lo previsto, éramos seis: Fukiko, mi madre, mi hija, mi hijo, mi marido y yo. Era la primera vez que mi familia veía a Fukiko. La velada fue animada y agradable. Curiosa, mi madre le hacía preguntas a nuestra invitada sobre su marido y sus hijos. Fukiko le respondía con franqueza, pero evitando mencionar su inminente divorcio.

—Tiene pinta de urbanita, como Mitsuo y como yo —continúa mi madre—. No me la imagino trabajando en una finca.

—Te equivocas, mamá. Es excelente no solo en las tareas administrativas, sino también en las labores agrícolas. Las apariencias engañan.

—Con todo, el señor Enju es el director de una sucursal del banco Yamato. ¿Por qué ella ha elegido un trabajo tan mal remunerado?

—Cada uno tiene sus razones, que a nadie más conciernen.

El otro día le conté que Fukiko y yo éramos amigas de cuando estábamos en el instituto. Igual que a Mitsuo, le sorprendió nuestro

reencuentro inesperado después de tantos años. No le hablé de nuestro cuaderno íntimo.

—Atsuko, estoy preocupada por ti.

—¿Cómo?

Cambia constantemente de tema, lo cual me aturde. Me gustaría saber cómo funciona su cerebro. Ella es emocional mientras que yo soy racional, como mi padre.

—Estoy preocupada por ti —repite.

—¿Por qué? Estoy muy bien.

—No, no me entiendes. Se trata de la señora Enju.

—¿Fukiko?

—Sí. Es muy atractiva, ¿no lo ves?

—Sí, pero lo que importa es que sea fiable. ¿Por qué debo preocuparme de su aspecto?

—La otra noche el señor R. la miraba sin cesar desde la barra. Me di cuenta de que su mujer no estaba contenta. Sus empleados y los clientes, todos estaban cautivados por la señora Enju. Y…

Mi madre se queda un momento callada.

—¿Y qué, mamá?

—Mitsuo la miraba de una manera particular.

Me acuerdo de la reacción de Mitsuo cuando le presenté a Fukiko. Parecía impactado por su belleza y seguramente por la semejanza con su examante.

—Fukiko es como una modelo —respondo—. Es natural que eso seduzca a los hombres.

—¿No estás celosa de ella?

—No, mamá.

Mi madre probablemente piensa en la infidelidad de Mitsuo, ocurrida hace seis años. Cuando yo le conté que él había tenido una aventura, ella se enfadó no solo con él sino también conmigo. «Es culpa de tu padre, que te trataba como a un chico. ¡Tienes que ser más femenina!».

—Atsuko, no olvides que la apariencia es tan importante como el interior. Sería mejor que llevaras una falda, te maquillaras y te dejaras el pelo largo, como la señora Enju.

Me toco el pelo corto.

—Lo siento, mamá, pero soy feliz tal como soy.

La oigo suspirar, y finalmente cuelga.

Es verdad que, en el restaurante, Fukiko atraía las miradas de los hombres. Yo no estaba celosa, como le dije a mi madre. Al contrario, me sentía orgullosa de ella. Su dulce sonrisa, su voz agradable, su piel como la de una chica de veinte años.

Lo que me molestó esa noche fue ver el encuentro entre Fukiko y una joven elegante en el restaurante. Las dos intercambiaron algunas palabras con aire íntimo. Fukiko llevaba un jersey de *mohair*. Esa mujer le acariciaba el brazo. Quizá le estaba haciendo un comentario sobre la calidad de la lana, pero yo sentí celos de esa desconocida.

Cojo de nuevo la revista. Examino la portada, en la que sigue apareciendo la imagen de un cardo. Una flor bonita. Extrañamente, ese rosa violáceo me evoca una sensualidad salvaje.

En la radio se termina la música de Schubert y a continuación empieza el *intermezzo* de la ópera *Carmen*. Sin darme cuenta, me incorporo. La suave melodía de la flauta me lleva nuevamente a la época del instituto. Vuelvo a oír la voz de mi compañera: «¡Eh, es para ti, Atsuko! ¡Será un admirador secreto!».

La música continúa. Me tumbo en el sofá y, con los ojos cerrados, escucho la conocida melodía. Al poco, me quedo dormida.

Ha transcurrido un mes desde la llegada de Fukiko.

Estamos a principios de abril. El año escolar acaba de empezar: nuestra hija está en el segundo curso del colegio y nuestro hijo en quinto de primaria. Se han integrado sin problema en su nueva clase. Pronto viajaré con mi marido a la isla de Sado.

Un día, al volver del trabajo, Mitsuo comenta: —Pareces animada últimamente. Imagino que te entiendes bien con Fukiko.

—Sí, desde luego. Gracias a su ayuda el negocio avanza. Tengo verdadera confianza en ella. Podré irme de vacaciones contigo con total tranquilidad.

Me pregunta si ya he reservado el alojamiento y las plazas en el ferri. Le cuento que nos quedaremos tres noches en el mismo *ryokan*, situado a la orilla del mar. Dejaremos el coche en el puerto de Niigata y, una vez en la isla, tomaremos parte en una excursión organizada. Por la noche, el autobús del *ryokan* nos llevará a un teatro o a otras actividades culturales del lugar.

—Será entretenido charlar con otros turistas —me dice Mitsuo, complacido—. Haré un montón de preguntas al guía y a los habitantes de la isla.

Mientras cenamos en familia, suena el teléfono. Lo coge Mitsuo. Al principio escucha con cara de desconcierto, y luego exclama: «¿De verdad? ¡Qué honor!». Claramente se trata de una buena noticia. Los niños y yo estamos deseando conocerla. Mitsuo sigue hablando y, antes de colgar, dice: «Sí, es perfectamente posible. Muchas gracias, señor, y hasta pronto». Cuando vuelve a la mesa, nos anuncia: —¡He ganado un premio por mi último libro!

—¡Bravo! ¡Felicidades!

Aplaudimos con alegría. Él nos explica que es un premio que se concede a personas que dan a conocer el patrimonio cultural de la región.

—¡Papá, tienes que ir a la ceremonia! —dice mi hija.

—He aceptado asistir, ya que es un evento importante. La ceremonia tendrá lugar en Kioto y debo dar un discurso.

Estamos muy orgullosos de él. Cuando nos informa del día exacto, exclamo: —¡Cariño, ese sábado estaremos en mitad de nuestro viaje!

—Ah…

Se queda en silencio, avergonzado. Decepcionada, no sé qué decir.

—Lo siento —repite.

—En ese caso, habrá que ir a Kioto.

—Espera, Atsuko —me corta—. Fue por ti por quien elegí esa isla. No tienes que renunciar a ello por una ceremonia de una hora.

—¿Quieres que vaya yo sola a la isla de Sado?

—No. Vete con tu madre.

—¿Con mamá? No, no le gusta viajar en coche. El trayecto de aquí a Niigata es demasiado largo para ella.

Sinceramente, yo no soportaría su cháchara incesante durante cuatro días. Desconcertado, Mitsuo se queda pensando.

—Al final iré yo sola… —murmuro.

—No, no me parece bien, sobre todo en coche. Hasta el puerto de Niigata se tarda por lo menos seis horas.

—Entonces tomaré un autobús o el tren, pero no con mi madre.

—Pues sola no —se vuelve a negar.

Los niños nos observan, tensos. Pienso en Fukiko, que también tenía ganas de visitar esa isla, pero no me atrevo a decírselo a Mitsuo. En ese momento, él me sugiere: —Podrías invitar a Fukiko.

Siento una punzada.

—¿Fukiko?

—¿Por qué no? —dice, sonriendo—. Está trabajando muy duro y a ti te gustaría hacerle un regalo algún día. Así que este sería un viaje de agradecimiento.

—Pero la oficina…

—Es solamente por un viernes y un lunes. Tu madre y yo contestaremos las llamadas de los clientes.

Parece decidido a defender esta solución. Ante mi silencio, añade: —Ese sábado me llevaré a los niños a Kioto.

Ellos siguen callados.

—Propónselo a Fukiko —insiste Mitsuo.

Todavía vacilo pero, después de cenar, acabo llamándola.

—¿Viajar contigo a la isla de Sado? ¡Me encantaría! —responde ella, aparentemente entusiasmada. Luego me anuncia alegremente—: Justo hoy hemos firmado la declaración de divorcio.

—¡Felicidades! —exclamo, sin querer.

Todos vuelven la cabeza hacia mí. Nuestra conversación telefónica continúa. Ya empezamos a hacer planes. Decidimos tomar el autobús nocturno el jueves en Nagoya para poder disfrutar de tres días completos en la isla de Sado. Al colgar, Mitsuo me pregunta: —¿También hay una buena noticia en casa de Fukiko?

Es jueves. Esta noche Fukiko y yo saldremos para la isla de Sado. No puedo parar quieta desde primera hora de la mañana. Como siempre, Fukiko trabaja de nueve a cuatro de la tarde, después de lo cual vuelve a su casa. Por la noche hemos quedado a las diez en la estación de autobuses de Nagoya. Un pensamiento da vueltas en mi cabeza: «¿De verdad vamos a viajar juntas?».

A eso de las seis, ceno en casa con mi familia.

—¿Seguro que quieres que te lleve solo hasta la estación de M.? —me pregunta Mitsuo.

—Sí, es suficiente.

Mañana tiene que ir a la oficina y el sábado marcha con los niños a Kioto para la ceremonia. No me gusta molestarlo. De todas formas, prefiero llegar sola a Nagoya.

Mitsuo y yo salimos de casa hacia las ocho y media.

En la estación de M., él me desea buen viaje. Yo, por mi parte, espero que pase momentos agradables en Kioto. Se disculpa de nuevo por haber cancelado en el último momento. Agarro la maleta y me dirijo a las taquillas. Cuando me vuelvo, el coche ya no está.

Llega el tren. Me acomodo en un asiento cerca de la puerta y observo distraídamente a los pasajeros. Hay hombres con traje y corbata. Son empleados, cansados tras su larga jornada. Algunos echan una cabezada con un periódico o un libro en la mano.

Me acuerdo de la época en que Mitsuo y yo trabajábamos en la revista *N*.

Tomábamos la misma línea de metro pero rara vez coincidíamos, ya que él se quedaba en la oficina hasta muy tarde. Un día que estábamos en el mismo vagón, se acercó a mí de manera amistosa. Tuvimos entonces una conversación breve pero significativa. Fue antes de empezar a salir.

Mitsuo me habló de un colega que pronto iba a dejar la revista. Él le estaba organizando una cena de despedida y me invitó a asistir. Yo

acepté de buena gana. Al final de nuestra conversación, me dijo medio en serio: «Eres tranquila, amable e inteligente. Serás una madre excelente». Yo le repliqué en tono burlón: «Y tú serás un padre excelente».

Está oscuro. No se ve nada afuera, salvo unas luces a lo lejos.

De pie, enfrente de mí, hay dos alumnas de instituto. Están en silencio, con la cara vuelta hacia la ventanilla. Pasado un momento, veo a una de ellas tocar la mano de la otra y esta le toma la suya. Pienso en una salida que hice con Fukiko poco antes del fin de curso en el instituto.

Estábamos en una iglesia de Nagoya para escuchar a Bach interpretado en un órgano de tubo. Durante todo el concierto estuvimos cogidas de la mano y, en una pausa entre dos piezas, le susurré al oído: «Fukiko, vente un día a la finca de mis padres». Alborozada, replicó: «¿De verdad?».

El tren llega a Nagoya.

Voy corriendo a la estación de autobuses donde Fukiko y yo hemos quedado. De nuevo me viene a la ment el mismo pensamiento: «¿De verdad vamos a viajar juntas?». Siento palpitaciones de miedo y exaltación. Me paro súbitamente, impactada al darme cuenta de que nunca he experimentado una sensación parecida por un hombre.

Entro en la sala de espera.

Fukiko todavía no ha llegado. Ya tengo nuestros dos billetes, así que solo habrá que subir al autobús. Sentada en un banco enfrente del panel acristalado, saco del bolso una novela que empecé a leer hace unos días. La clásica historia de amor. Intento captar el sentido de cada frase, pero no lo consigo.

Al poco diviso a Fukiko a través del cristal. Como yo, llega sola, tirando de la maleta. En cuanto me ve, saluda con la mano. Aliviada por su sonrisa, me levanto y voy a su encuentro.

Son las diez y media. Fukiko y yo subimos al autocar nocturno.

Está casi completo. Hay tres columnas de asientos individuales, bastante alejados y separados entre sí por cortinas. La intimidad individual está bien protegida para que cada uno pueda dormir sin que le molesten los de al lado. Tras recibir una cómoda manta, nos sentamos en nuestras plazas reservadas al lado de la ventana, yo en la quinta fila detrás del conductor, Fukiko en la sexta.

El autobús se pone en marcha.

—Buenas noches, señores viajeros.

Una voz femenina grabada da informaciones sobre el trayecto. Me pongo la manta sobre las rodillas. Aunque estoy bastante cansada tras el largo día, no tengo sueño. A través de la ventana veo las luces centelleantes de los cafés, los bares y los hoteles.

Cuando corro la cortina de la ventana, oigo a Fukiko llamándome y me vuelvo hacia ella.

—Es para ti.

Me pasa por encima del hombro un envoltorio que parece contener un libro.

—¿Qué es esto? —le pregunto.

—¡Sorpresa! Buenas noches —me responde con una mirada pícara.

Intrigada, saco el contenido. «¡Nuestro cuaderno!». Atónita, miro la cubierta de cartón, forrada de una tela vaquera azul marino. Los colores no están desvaídos: las dos imágenes de *fuki-no-tô* bordadas al pie de la tapa delantera mantienen su viveza. El cuaderno no está en absoluto estropeado y parece nuevo. Estoy emocionada: «¡Qué bien lo ha conservado Fukiko!».

Lo abro. En la primera página, reconozco mi letra de entonces.

Querida Fukiko:

Aún sigo alterada por nuestro súbito encuentro. Creía verdaderamente que un chico me había dedicado la música de

Carmen. Pero no. Era una chica, una alumna del instituto B. ¡Menuda sorpresa me llevé!

No me sentí decepcionada al saber la verdad. Al contrario, al instante tuve un sentimiento muy vivo y positivo hacia ti. Y tu propuesta me encantó: intercambiar por escrito nuestras ideas, opiniones y pensamientos. ¡Qué bonito es este cuaderno! ¿Lo has hecho tú misma? En tal caso, eres una artista.

Para empezar, me presento de nuevo.

Mi nombre, Atsuko Mori, se escribe así en *kanji* 森温子.

Vivo en M. Mis padres tienen una finca en el pueblo de U. No tengo hermanos. Mi padre antes era *shôsa-man*. Le encanta su nuevo oficio y trabaja duro junto con mi madre. Quiere que yo lo suceda, pero a mí no me apetece. Pienso estudiar Comercio en el *tandaï*, profesión que él ejercía antes de hacerse granjero. Es irónico, ¿verdad?…

Querida Atsuko:

Gracias por tu respuesta afirmativa. Probablemente no te imaginas cuánto me alegra.

Te lo confieso ahora. Fue un flechazo: simplemente me enamoré de ti. Incapaz de olvidarte, envié una nota a la radio estudiantil de tu instituto para que pusieran la música de Bizet en tu honor.

No te pienses cosas raras, por favor. Solamente quiero tener una relación de amistad contigo, como dos amigas. Estaba buscando a alguien con quien pudiera intercambiar pensamientos libremente. Como soy un poco reservada y torpe con las palabras, prefiero las comunicaciones escritas. Gracias de nuevo por haber aceptado mi propuesta.

Yo también me presento otra vez.

Mi nombre, Fukiko Yada, se escribe en *kanji*: 矢田蕗子.

Nací en la temporada de los *fuki*. Tengo un hermano y una hermana mayores. Mi padre es banquero y mi madre profesora de Economía en la universidad. Tienen grandes ambiciones para nosotros. Mi hermano está en sexto de Medicina y mi hermana está haciendo un Máster en Derecho. Mis padres están contentos con ellos pero no conmigo, pues no tengo intención

de seguir estudiando, a pesar de mi instituto de élite.

Mi mayor afición es cultivar verduras y flores. Cuando toco la tierra, me siento bien. No sé por qué, pero es así. A menudo me voy con mi tío, que tiene una finca. ¡El olor del suelo, del sol, de la hierba! ¡Me encanta! Mi sueño es tener una granja propia. Si no, me gustaría regentar una floristería.

Cuando les dije a mis padres que quería ser granjera, respondieron: «¿Quieres estudiar Agronomía? Sí, es un tema serio. Podrás ir a la universidad K., que tiene una excelente facultad en ese campo». No comprenden lo que deseo verdaderamente. ¡Ojalá tus padres granjeros fueran los míos!

Querida Fukiko:

Pues sí, mi padre sería muy feliz si tuviera una hija como tú, apasionada de la agricultura. Espero que tu sueño se cumpla algún día.

Sinceramente, no odio en absoluto la agricultura. Al contrario, creo que es uno de los campos más interesantes. Cultivar verduras, frutas, flores, no es como fabricar objetos artificiales. Todo lo que sembramos se consume y termina volviendo a la tierra, como nuestras cenizas.

Compadezco a mi madre. Estaba contenta de ser la esposa de un empleado con un trabajo fijo y bien pagado. Desde hace ocho años lleva una vida de granjera, pero no parece feliz. Si yo fuese un hortelano, me casaría con una mujer a quien le gustara la agricultura. Por desgracia, mi madre no sabía que un día mi padre se haría granjero…

Querida Atsuko:

Anoche tuve una discusión con mis padres. Fue a propósito de mi futuro. Les dije: «Después de terminar el instituto, quiero trabajar en la granja del tío». Se pusieron furiosos, sobre todo mi padre, que no se lleva bien con su hermano. «¿Qué estás diciendo? Tú tienes que ir a la universidad como tus hermanos mayores y podrás convertirte en profesora de Agronomía».

Te envidio. Aunque tu padre quiere que tú heredes su

granja, no te insiste. En cualquier caso, se trata de mi vida, soy yo quien debe elegir mi camino.

Ayer cumplí dieciocho años.

Por cierto, anoche tuve un sueño muy extraño. Fue tan vívido y claro que puedo recordar cada detalle. Te lo cuento.

El profesor responsable de nuestra clase anuncia:

—Bueno, todo el mundo ha sido admitido en la universidad de su elección. Estoy orgulloso de vosotros. Como sabéis, nuestra escuela…

La compañera que está a mi lado lo interrumpe:

—Señor, Fukiko no se ha presentado al examen de acceso.

El resto de la clase vuelve la cabeza hacia mí.

—Es una vergüenza para nuestra escuela, una de las mejores de Aïchi —se burla alguien.

El profesor me consuela.

—No te preocupes, Fukiko. Te presentarás el año que viene.

—No, señor. Voy a trabajar en la granja de mi tío.

Todos se echan a reír.

—¡Fukiko quiere ser granjera!

Marcho a casa de mi tío y le pregunto:

—¿Me puedes contratar?

—Fukiko, no es posible —me responde—. Mira a ver en otras granjas.

Me da cuatro direcciones. Voy a ver a los capataces, uno a uno. Los tres primeros se niegan: «¿Eres alumna del instituto B.? Pues no disgustes a tus padres y ve a la universidad». Decepcionada, voy a la cuarta granja. Se abre la puerta, ¡y eres tú!…

¡Feliz cumpleaños, Fukiko!

Eres un mes más joven que yo. El año que viene podremos celebrar juntas nuestro cumpleaños. Aquí va una tarjeta de felicitación que he hecho para ti con flores secas. Son flores salvajes, cogidas en la finca de mi padre. Yo no tengo talento artístico como tú, pero acéptala como regalo de cumpleaños.

Ayer la clase de Ética abordó el tema de la psicología. El profesor nos citó a varios autores extranjeros y japoneses, pero

sin profundizar mucho. Era todo muy general. Luego una compañera me habló de «la interpretación de los sueños» y me explicó las teorías de Freud. Es curioso, pero me pareció que ese tipo de análisis podría parecerse a la adivinación. Es un tema que le interesa a mi madre, pero no a mi padre.

Pienso en tu sueño y espero que no tengas demasiado estrés, atrapada entre tu deseo y el de tus padres…

Querida Atsuko:

¡Gracias por esta carta hecha a mano! Me ha gustado mucho. Las flores secas salvajes son maravillosas. Tu manera de adornarlas me recuerda a un estilo de *ikebana*. No seas tan modesta, tienes talento artístico. Conservaré cuidadosamente esta carta.

Por lo que respecta a mi sueño, tienes toda la razón. Creo que tú eres mucho más madura que yo. Me siento un poco perdida. Es un problema con el que cargo desde la infancia.

Eres mi amiga. Me gustaría invitarte a mi casa, pero no es posible. Ni siquiera pronuncio tu nombre ni hablo de nuestro cuaderno a nadie de mi familia. Te explico por qué.

Unos meses antes de verte por primera vez, mi hermano llevó a un amigo a nuestra casa. Se llama Shin. Un joven simpático. Era su tercera visita. Tiene veintiocho años, cuatro más que mi hermano. Trabaja en un banco, como mi padre. A mis padres les cae muy bien y lo han acogido afectuosamente. Mi madre lo ensalzó delante de todos: —Shin, eres inteligente, sólido y dinámico. Serás un alto ejecutivo.

Mi hermana mayor, que tiene veintiocho años y aún no tiene novio, miraba arrebolada al amigo de nuestro hermano. Yo adivinaba que estaba muy interesada en él.

—Shin, la gente de la nueva generación se queda soltera más tiempo que antes —continuó mi madre—. Ese parece ser tu caso, ¿no?

Yo imaginaba que ella deseaba un matrimonio entre él y mi hermana.

—¡Oh, no, señora! Me encantan los niños. Si fuera posible, me gustaría formar una familia dentro de dos o tres años.

Esta respuesta complació a mi madre. A mi hermana le brillaban los ojos. Después de que Shin se fuera, tuvimos una discusión en nuestra casa. No, no una discusión, más bien una tormenta.

Mi hermano anunció delante de la familia:

—Shin está enamorado de Fukiko y espera salir con ella.

Todos me miraron, perplejos.

—¿Qué? ¿Salir conmigo? —repetí.

Mi madre se volvió hacia mi hermana, que exclamó:

—¡No puede ser!

Mi padre le preguntó con tono calmado:

—¿Por qué reaccionas así? Que un hombre ideal como Shin se case con nuestra hija… ¿Podemos esperar algo mejor?

Mi hermana temblaba.

—Pero… pero…

Mi madre contradijo a mi padre:

—Fukiko aún es demasiado joven para casarse.

—Es cuestión de tiempo —contestó él, tranquilamente—. Shin podría esperar a que ella termine sus estudios universitarios. Cuatro años pasan rápido.

Mi madre continuaba protestando. Yo seguía atónita: «¡Están discutiendo mi futuro sin tenerme en cuenta!». De nuevo, mi hermana exclamó: —¡No puede ser!

—Estás celosa —dijo mi hermano, riendo—. Lo siento, pero mi amigo está locamente enamorado de Fukiko.

Luego se volvió hacia mí.

—Fukiko, ¿tú qué piensas de él?

—Es demasiado mayor para mí —respondí, más bien indiferente.

—¡Un hombre guapo como él! ¿Acaso no te gusta?

—No mucho.

De pronto mi hermana soltó:

—¡Por supuesto que no, ya que solo le gustan las chicas!

Sus palabras me hicieron el efecto de un mazazo en la cabeza. Creía que nadie conocía mi secreto. Todos se quedaron pasmados, con la cara cada vez más pálida.

—¡Deja de decir tonterías! —le gritó mi madre a mi

hermana.

—Vi a Fukiko besando a una chica en la boca —continuó mi hermana.

Y esta es mi historia. Puedes imaginar la conmoción de mis padres y de mi hermano, que intentaba hacer de intermediario entre su amigo y yo. Odié a mi hermana.

Mi madre me preguntaba y yo me negaba a responder. Mi padre prohibió a todo el mundo hablar de ello. Desesperada, mi madre me suplicó: «Debe de ser un capricho de juventud. No lo vuelvas a hacer, por favor».

Comprendo la inquietud de mis padres: una de mis primas se suicidó, seguramente a causa de su identidad sexual. Mi tío el granjero, el hermano de mi padre, es el padre de esa prima.

Fukiko, siento molestarte con esta historia farragosa, pero no tengo a nadie a quien contársela. La chica que vio mi hermana era mi novia, pero rompimos mucho antes de conocerte. Esa fue mi primera experiencia, y yo no estaba segura de mí misma. Mi madre probablemente tenga razón. Según ella, ocurre a menudo que una chica se sienta atraída por otra antes de querer a un chico. Pero lo que es cierto en mi caso es que sentí un flechazo al verte en el tren…

—Atsuko, hemos llegado.

Fukiko me despierta tocándome el hombro. Fuera, todavía es de noche. Estamos en Niigata, fin de trayecto. Me revuelvo: «¿Dónde está el cuaderno?». Lo busco alrededor de la manta que cubre mis rodillas. ¡Ah, ahí está! Se encuentra entre mi asiento y la pared del bus. Lo guardo con sumo cuidado en la mochila.

—¡Buenos días, señores viajeros!

La misma voz femenina pregrabada empieza a dar informaciones. Las cortinas que separan las filas de asientos ya están descorridas. Los pasajeros se disponen a bajar. Son las cinco pasadas y bostezo sin parar, así que dormiré de nuevo en el ferri.

En la terminal, tomamos el autobús directo al puerto de Niigata. Nos sentamos en una banqueta de dos plazas: Fukiko en el lado de la ventanilla y yo en el del pasillo. El día comienza a despuntar.

—Gracias, Fukiko, por nuestro cuaderno. Lo has conservado muy bien. Estaba emocionada al leerlo, como si todo hubiera ocurrido ayer.

Posa suavemente su mano sobre la mía. Ya no lleva el anillo de casada. Me fijo en la bonita pulsera que adorna su muñeca y ella me la muestra orgullosa.

—Es un regalo de mi hija. Me ha deseado un buen viaje contigo.

Pongo mi otra mano sobre la suya y le rozo el dorso con la punta de los dedos. Con los ojos cerrados, ella me deja continuar el movimiento. Siento que mi cuerpo se excita. «¿Hacia dónde vamos?», pienso.

El autobús llega al puerto de Niiagata.

Compramos los billetes en la terminal del ferri. Aún queda tiempo para la salida. Subimos al piso de arriba, donde hay restaurantes y tiendas de suvenires, y entramos en un café que todavía está tranquilo.

Sentadas delante de la ventana, contemplamos el exterior. En el muelle hay un gran ferri blanco. Debe de ser el nuestro. El cielo está

completamente despejado.

—Hace bueno —digo—. Será un viaje agradable.

—Pero hay un viento fuerte —murmura Fukiko—. El barco se moverá mucho…

Tiene razón, hay marejada.

—A menudo, en primavera, el mar no está en calma.

Nos quedamos calladas. Pienso en Mitsuo. Él rompió toda relación con su amante en cuanto supo que yo conocía su existencia. Su elección estaba clara: la familia, aunque aún debía de amar a esa mujer tan sensual. A mí tampoco me gustaría socavar mi vida en sus mismos cimientos a causa de una aventura. Sin embargo, dudo que yo pudiera vivir así, con el corazón en otra parte…

—¿Te mareas en los barcos? —me pregunta Fukiko con gesto preocupado.

Niego con la cabeza. Mientras bebemos café, contemplamos el ferri y el mar azul oscuro. Una gaviota pasa con elegancia delante de la ventana y la seguimos con la mirada. Vuelvo a oír la voz de Mitsuo: «Atsuko, todo irá bien por nuestro lado. No te preocupes de llamarnos durante tus vacaciones. ¡Pásalo bien con Fukiko!».

Mi familia se despertará dentro de media hora. Mitsuo calentará la sopa de miso que preparé anoche. En cuanto al arroz, no tendrá más que pulsar el botón de la olla a presión. Hará unas tortillas. Mis hijos se lavarán y desayunarán quizá más tranquilamente que de costumbre.

El otro día, cuando Fukiko me contó por teléfono lo de su divorcio, exclamé sin pensar: «¡Felicidades!». A continuación, Mitsuo me preguntó si también ella tenía buenas noticias. Los niños estaban allí. Yo farfullé que Fukiko había terminado de confeccionar un bonito vestido para su hija.

Fukiko sigue callada, con la mirada fija en la taza de té. ¿Estará pensando en su exmarido? Debe de tener sentimientos mezclados, buenos y malos, que nadie puede adivinar.

—Atsuko, lamento no haber sido fiel a mi naturaleza. Durante mi matrimonio viví el día a día sin problema, pero también sin verdadero amor.

Baja la cabeza y yo le cojo la mano que sostiene la cucharilla.

—Por lo menos ha terminado para ti —digo—. Piensa en tu futuro.

Me echa una mirada. En su rostro se lee: «¿Qué futuro? ¿El

nuestro?».

Anuncian el embarque en el ferri, de modo que bajamos.

Se tarda dos horas y media en llegar a la isla de Sado. En el ferri alquilamos unas mantas y subimos con nuestros equipajes a la sala alfombrada, donde podemos descansar. Ya hay mucha gente.

Nos colocamos al lado de una pareja mayor. Nos saludan amablemente.

—¿Son ustedes turistas? —me pregunta la mujer.

—Sí, lo somos.

Comprendemos que son habitantes de la isla. Nos sugieren sitios interesantes para visitar.

—¿Son hermanas? —nos pregunta nuevamente la mujer.

—No, señora. Somos amigas.

Los ancianos charlan tranquilamente. Ya no tengo realmente sueño, pero aún siento la necesidad de descansar. Me tumbo en la alfombra. Fukiko arrebuja mi manta con gesto afectuoso para que quede bien tapada. Sonriendo tiernamente, me acaricia la cabeza. La mujer nos observa con insistencia y yo desvío la mirada.

El mar se agita, y el ferri empieza a moverse y a cabecear. «¿Hacia dónde vamos?», me repito.

El barco ha llegado al puerto de Ryôtu, en la isla de Sado. Tomamos un almuerzo ligero en un restaurante y a continuación vamos a alquilar un coche. Sigue haciendo un tiempo espléndido y ahora el mar está en calma.

Gracias a las informaciones que la pareja mayor nos dio en el ferri, podremos visitar rincones poco conocidos pero magníficos. Será mucho más íntimo que con un grupo. Si estuviera con Mitsuo, que se aburre fácilmente en los lugares demasiado tranquilos, no sería lo mismo. De hecho, le había planeado una excursión organizada para que se entretuviera charlando con los otros turistas.

Yo conduzco. Primero nos dirigiremos al otro extremo de la isla. Tardaremos menos de media hora. Tomamos una carretera principal, por lo que el paisaje es bastante mediocre.

Al volante, le propongo a Fukiko:

—¿Y si fuéramos al teatro *nô* esta noche?

Se queda callada. Le cuento lo que he aprendido en los folletos turísticos. Esta isla es famosa por dicho arte: hay más de treinta teatros para una población de apenas sesenta y cuatro mil habitantes.

—No, no me apetece.

Echo una mirada a su cara de perfil. Parece pensativa, así que no insisto.

—No me gustan las máscaras —añade.

—¿Por qué?

—Me dan miedo. No comprendo por qué se inventaron esos objetos siniestros.

Este adjetivo, *siniestro*, me inquieta.

—¿Puedo contarte una historia que me he inventado? —me propone.

—Sí, te escucho.

«Un chico se enamora de una muchacha muy bella. Le pide

matrimonio, pero la muchacha lo rechaza, pues tiene exigencias concretas para su futuro esposo: este debía tener los ojos grandes, la nariz respingona, los labios finos. Por desgracia la cara del chico es justo lo contrario. De modo que manda fabricar una máscara. Con ella puesta, logra seducirla y la joven acaba accediendo a casarse con él.

»Pasan los años. Un buen día, la mujer dice que ahora prefiere a un hombre con los ojos pequeños, nariz chata y labios gruesos. El marido está encantado con este cambio: «¡Es exactamente mi cara!». Le confiesa la verdad y su esposa se pone loca de contenta. «Cariño, ¡quítate la máscara!». Alborozado, él la obedece. ¡Pero, ay, es imposible! La máscara está completamente pegada a su piel. Presa del pánico, se la arranca con fuerza y comienza a brotar sangre…».

—¡Qué historia tan macabra! —exclamo.

—Desde luego. Una persona que lleva una máscara se expone a ese peligro. Es lo que siento al ver el teatro *nô*.

Pienso en la palabra *enju*, que designa un árbol utilizado para fabricar las máscaras de *nô*.

—Finalmente me he desligado del apellido Enju, que he llevado durante más de veinte años, más tiempo que mi apellido de soltera. ¡Vuelvo a ser Fukiko Yada!

Enfatiza el apellido, Yada, como queriendo decir que al fin ha vuelto a sus orígenes. Me quedo pensando. Se ha quitado la máscara después de tantos años. Necesitará tiempo para recuperarse de ese largo periodo en el que trataba de ser «normal». «Y yo, ¿quién soy? ¿Qué sé verdaderamente de mí misma?», me pregunto.

Atravesamos una pequeña ciudad y seguimos todo recto. Al final de la carretera principal, giraremos a la derecha para ir al oeste y luego bordearemos la costa hacia el norte. El *ryokan* que he reservado está a veinte kilómetros de aquí. Pasaremos tres noches allí. Antes podremos visitar varios lugares, sobre todo una playa salvaje y aislada que nos recomendó la pareja mayor del ferri.

De repente estamos frente al inmenso mar azul. La luz del sol cabrillea en la superficie y las gaviotas vuelan en todas direcciones.

—¡Qué bonito! —exclamamos a la vez.

Tengo una sensación extraña, como si entrara en un país desconocido. Avanzamos a lo largo de la bahía de Mano.

—¡Ah, qué felicidad! —me dice Fukiko.
Su voz distendida me hechiza.

Estamos llegando a la orilla de Nanaura. Un lugar famoso, mencionado en todos los folletos que me trajo Mitsuo. Bajamos del coche. El cielo está despejado.

Ante nosotras se alzan dos grandes peñascos llamados Meoto-iwa, «la Pareja de Peñascos». El de la derecha es más grande que el izquierdo, cuya mitad está cubierta de arbustos. La bajamar es transparente y se ven claramente las piedras del fondo. De pie, contemplamos esas estatuas naturales.

Hay una docena de turistas. Dos ciclistas con indumentaria deportiva charlan cerca de nosotras. Son adolescentes: un chico y una chica.

—Aquí no hay *shime-nawa* —le dice ella a él.

La chica tiene razón: no hay una cuerda sagrada que una los dos peñascos, como los famosos de Futamigaura, en Ise.

—El de la derecha es macho y el de la izquierda hembra —responde el chico con tono seguro.

—¿Y eso por qué? ¿Porque el de la derecha es más grande que el otro?

—No es eso. Fíjate bien.

Intrigadas, Fukiko y yo examinamos las diferencias entre ambos. Nos echamos una mirada pícara. La chica, que aún parece no comprenderlo, pregunta de nuevo a su compañero:

—¿Por qué?

—Hay una hendidura en el centro del pequeño y un bulto que sale por delante del grande —le explica el chico.

Ella se echa a reír y dice:

—¡Qué embarazoso!

—Un hombre y una mujer —continúa él con el mismo aplomo—. Es un don del cielo, como la naturaleza.

—Hablas como uno de la vieja generación —replica ella, riendo de nuevo.

—¿Por qué?

—Hay parejas homosexuales. Entonces, ¿hay que encontrar rocas parecidas la una a la otra? Con dos r…

Se pone roja y él continúa con tono guasón:

—¿Con dos rajas o dos bultos? ¡Mira que es raro! Ser homosexual va contra natura. Es un accidente lamentable.

—¿En qué siglo vives, señorito? No sabía que fueras tan retrógrado.

Luego la chica empieza a pedalear y el chico se lanza tras ella: «¡Eh, espera!».

Bajamos y damos un paseo alrededor de las rocas.

Por encima de nosotras vuelan ruidosamente las gaviotas. Fukiko tropieza contra una piedra y yo la agarro del brazo. No hay nadie que pueda vernos. Caminamos cogidas de la mano. Este gesto nos sale espontáneamente, pues no es algo que acostumbremos hacer Mitsuo y yo. Levanto la cabeza y contemplo los pájaros. En ese momento me viene a la mente un fragmento de Bach interpretado al órgano.

El cielo azul y el mar esmeralda se funden en el horizonte. Sopla una brisa agradable. Nos paramos un instante para calcular la altura de los peñascos. Los dos medirán unos veinte metros. La «mujer» es un poco más alta que el «hombre».

—Cuando la marea alcance su punto más alto, flotarán como dos islas separadas —digo—. También será magnífico.

—Seguirán unidos el uno al otro bajo el agua, como una pareja que se ama profundamente —murmura Fukiko.

—Como hojas de *fuki*, unidas bajo la tierra —replico, tomando su mano.

Permanecemos de pie detrás del peñasco femenino. Desde aquí no se ve más que el mar de Japón. Delante de nosotras, todo es azul. Estrecho fuertemente a Fukiko entre mis brazos. Ella cierra los ojos y yo la beso en los labios.

Vamos al *ryokan* que reservé.

Es un hospedaje vetusto pero limpio y pintoresco, regentado por una pareja de nuestra edad. Fukiko y yo decidimos hacernos pasar por hermanas. En la entrada, la dueña nos recibe amigablemente.

—Me llamo Atsuko Kawano —me presento—. He reservado una habitación para dos personas a nombre de Mitsuo Kawano.

Parece sorprendida. Fukiko se inclina educadamente ante ella.

—Por desgracia, mi marido tuvo que renunciar a este viaje a última hora —continúo—. En vez de anularlo, he invitado a mi hermana. Espero que no le moleste.

La dueña me responde con una gran sonrisa:

—Ningún problema, señora. Al contrario, le agradecemos que haya mantenido la reserva.

En el mostrador de la recepción, rellenamos un formulario con nuestros datos y profesiones. Yo granjera y Fukiko ayudante. La anfitriona nos hace preguntas: si es nuestra primera visita a la isla, cómo encontré ese alojamiento, *etc.* Le respondemos brevemente. Mitsuo estaría encantado de tener ese tipo de conversaciones, pero nosotras no. Fukiko y yo preferimos la recepción impersonal de un hotel de negocios.

Una señora mayor aparece de improviso ante nosotras. «¡Ah! Es la mujer que conocimos en el ferri», pienso, sorprendida. Nos mira fijamente, con los ojos muy abiertos. La dueña nos la presenta.

—Esta es la *nakaï* Tomi. Ella les mostrará enseguida su habitación.

Le menciono nuestro encuentro en el ferri y añado que esa mujer y su marido nos dieron informaciones muy útiles sobre la isla. Ella la elogia:

—Sí, Tomi conoce todos los rincones de la isla mejor que yo, originaria de Kanazawa.

Repito a la *nakaï* que mi marido tuvo que renunciar a este viaje y que mi hermana ha venido en su lugar. Desconcertada, la anciana nos

escruta a Fukiko y a mí. Debe de acordarse de que yo nos había presentado en el barco como dos amigas y su mirada se torna desconfiada. A continuación nos invita a seguirla con gesto serio.

Subimos al piso de arriba con el equipaje. Habría sido mejor si hubiera reservado otra habitación para Fukiko, pero ahora es demasiado tarde.

Ya en la habitación, la *nakaï* nos prepara tazas de té con dulces japoneses. Permanece callada, lo que contrasta con su actitud amistosa en el ferri. Antes de salir, nos pregunta:

—¿A qué hora quieren que les traiga la cena?

Le respondemos que a las siete nos iría bien y que a continuación tomaremos un baño. «A su disposición», nos dice sin sonreír.

Detrás de la habitación con tatamis hay una pequeña estancia con dos sillones y una mesa baja. Nos trasladamos allí. Abro las puertas correderas que dan al mar. Ante nosotras se extiende un paisaje maravilloso, con los Meoto-iwa que hemos visitado esta tarde. Nos sentamos en los sillones. Fukiko no parece relajada.

—Pobre Tomi —digo.

—¿Te compadeces de esa *nakai*? —me responde—. ¿Por qué? Nosotras somos clientas.

—Cálmate, Fukiko. Le mentimos a la dueña, y Tomi enseguida comprendió que yo estaba casada. Lógicamente esa anciana imagina que tengo una relación adúltera con una mujer.

Fukiko se queda callada.

—Si Tomi fuera la propietaria, se negaría a hospedarnos —añado.

—Supongo —murmura.

—En tu opinión, ¿qué es lo que le molesta realmente? ¿La homosexualidad o el adulterio?

—Ambas cosas, en tu caso. Yo al menos estoy divorciada. Pero tú no.

—Tomi no sabe que estás divorciada. Seguramente no le ha gustado nuestra mentira.

—Después de todo, no es asunto suyo —refunfuña Fukiko.

—Mañana podríamos cambiar de alojamiento —propongo—. Esta vez a un hotel.

Está de acuerdo. Finalmente nos quedamos un poco más tranquilas.

En el horizonte, el sol desciende coloreando el cielo de rojo.

Mañana también hará buen tiempo. Admiramos en silencio la puesta de sol.

En realidad, lo que me inquieta no es lo que la gente piense de nosotras, sino que cada vez me siento más atraída por la mujer que está a mi lado. No se trata de una aventura. Mitsuo se quedaría consternado si se enterara.

Son las siete. Oímos una voz femenina y la puerta se abre. Pensamos que la *nakaï* ha vuelto, pero no es ella. La dueña en persona nos trae la cena.

—¡Aquí están sus platos, señoras! —anuncia con una gran sonrisa.

Los deja encima de la mesa baja. Un montón de marisco fresco. Cada plato es una maravilla. «¡Qué presentación!», exclamamos. Contenta, la dueña nos explica el nombre de los pescados, los mariscos, las algas.

—¿La *nakaï* se encuentra bien? —le pregunto, titubeante.

—Gracias por su interés. Tomi volvió a casa a primera hora de la mañana porque su marido se puso enfermo. Así que yo las atenderé en su lugar.

Fukiko y yo nos miramos. La dueña nos informa de que hay dos *ofuro* para familias. Al estar sus puertas cerradas por dentro, añade, los visitantes pueden relajarse allí con toda libertad.

Estamos de pie, completamente desnudas, en la sala para desvestirse.

—Eres hermosa, Fukiko.

Me sonríe. Observo su cuerpo bien proporcionado y firme para nuestra edad. Tiene la cintura fina, las formas voluptuosas. Su largo cabello negro es liso y brillante. Comprendo perfectamente que mi madre se preocupe por Mitsuo, cuya esposa es tan poco femenina.

Hay un espejo largo pegado a la pared. Delante han colocado un taburete de madera. A la izquierda, una repisa encima de la cual hay toallas, secadores de pelo, *yukata* y *obi*. Fukiko posa en ella su bolsa de aseo.

—Dame las horquillas y una goma. Me gustaría hacerte unas trenzas.

Se sienta en el taburete. Cojo su cepillo y la peino lentamente. De pie detrás de ella, admiro su cuerpo en el espejo. Con la cabeza agachada, me deja que le trence el cabello. Mi vientre toca su espalda y mis pechos rozan su nuca. Tarareo una nana. Ella me escucha sin moverse.

De nuevo esta noche tu almohada está bañada en lágrimas.
¿Con quién sueñas? Ven, ven a mí.
Me llamo Azami y soy la flor que mece la noche.
Llora, llora en mis brazos. Aún queda lejos el alba.

Cuando me paro, Fukiko me pregunta con los ojos fijos en el espejo:
—Es la primera vez que la oigo. ¿Quién es el autor?

—La abuela de Mitsuo. Me enseñó esta canción antes de nuestra boda. Es una nana titulada *Azami*.

Fukiko se queda pensativa, y acto seguido opina:

—Adivino que Azami es una prostituta.

—¿Prostituta?

—Sí. Una nana para consolar a un hombre que duerme solo.

—Es interesante, pero no puedo imaginar por qué su abuela habría

inventado una canción semejante. Según Mitsuo, ella, proveniente de una familia burguesa, era muy convencional.

Fukiko sigue con aire pensativo. Le cuento que la madre de Mitsuo dejó a su marido por otro hombre, cuando su hijo aún era un recién nacido. A Mitsuo lo crio su abuela paterna hasta que su padre se volvió a casar.

—¿De verdad su madre abandonó a su familia por otro hombre? —me interrumpe Fukiko.

—No lo sé. Verdad o no, es lo que su padre le dijo a Mitsuo.

—Qué curioso…

—O bien su madre se hizo una mujer de la noche.

Se queda callada. Miro su rostro en el espejo. Tiene los ojos humedecidos. Baja la cabeza como si quisiera esconder su emoción y sus hombros se estremecen. La rodeo con mis brazos.

—¿Qué te ocurre, Fukiko?

—Esa nana me ha hecho pensar en aquella época.

—¿Qué época?

—La época en que me casé. Sentía que estaba cometiendo un grave error, pero era demasiado tarde. Después de mi boda, lloraba pensando en ti.

—Fukiko, no te tortures así. Solo tenías dieciocho años y tenías que hacer frente a la preocupación de tu familia.

Se queda en silencio. Le enrollo las trenzas y las prendo con una horquilla por detrás. Ella baja la cabeza hacia mí, el rostro bañado en lágrimas. La beso dulcemente en la frente, la nariz, los labios.

Entramos en la sala de baños. La estancia es amplia y muy limpia, el *ofuro* está lleno de agua caliente. Hay un agradable olor a madera. En un rincón han puesto taburetes bajos de ciprés de Japón y palanganas de bambú. Los botes de jabón líquido y de champú están colocados cerca de un grifo.

Fukiko agarra un taburete y me dice:

—Siéntate, ahora me toca a mí.

La obedezco. Me riega suavemente la nuca con el pomo de la ducha. El agua caliente gotea y desaparece entre los intersticios del suelo de bambú. Mi cuerpo enfriado se recalienta poco a poco. «Ah, qué gusto», me digo.

—¿Quieres que te lave también el pelo? —me pregunta.

—Sí, por favor.

—Este peinado te queda muy bien. Me encanta. ¿Desde cuándo lo llevas así? —me dice mientras moja mi pelo corto.

Reflexiono y le respondo:

—Desde que monté el negocio de la granja.

—¿Cómo reaccionó Mitsuo?

—No hizo ningún comentario, aunque parecía un poco desconcertado. Como los hombres en general, prefiere a las mujeres de pelo largo como el tuyo. Pero desde entonces me siento muy bien, libre y natural.

Sigue extendiendo el champú por mi pelo.

—Mi exmarido estaba contento con mi apariencia femenina. El pelo largo, el maquillaje, el vestido…, todo lo cual me gustaba y me sigue gustando. Me presentaba orgulloso a sus amigos. Por desgracia, yo no estaba hecha para él.

—Pobre hombre… —murmuro.

Me lava la espalda con jabón líquido.

—Fukiko, tú atraes a todos los hombres, incluido Mitsuo.

—¡Qué halago!

—Eso tiene preocupada a mi madre, que me presiona para que sea más femenina.

—¿En serio? Se quedaría más tranquila si supiera el motivo de mi divorcio —replica Fukiko con ironía.

Es mi turno. La dejo que se siente en el taburete bajo. De pie detrás de ella, le echo agua por los hombros. Las trenzas recogidas dejan ver su nuca blanca. Me fijo en un pequeño lunar negro que no había visto hace un momento. Acaricio ese lunar con la punta del dedo corazón. Ella se queda quieta. Le unto cuidadosamente el gel por la espalda y la lavo con una toalla. No hablamos por unos instantes. Cuando he terminado, le propongo: —¿Y si nos laváramos a la vez?

Asiente con la cabeza y se levanta del taburete. Estamos enfrente la una de la otra. Somos casi de la misma altura. Ella sigue emocionada.

Le cubro las mejillas con mis manos.

—Si lloras, te torturaré con otra canción.

Al fin sonríe. Cada una se pone gel en las manos y se lo aplica suavemente a la otra. El jabón espumea. Mientras le lavo el pecho, ella me lava el vientre y las caderas. Lo hacemos por turnos. Cuando le

acaricio los lunares, ella me sorprende enjabonándome el bajo vientre. Su mano se mueve delicadamente en torno a mis partes sensibles. Grito y me retuerzo sin querer. De pronto, me besa en la boca.

Volvemos en *yukata* a la habitación.

La mesa baja ya está colocada en un rincón. Encima hay dos vasos y una botella de agua. Hay dos futones extendidos, separados entre sí por un metro aproximadamente. Los juntamos rápidamente para formar una sola cama grande.

Llevamos la botella de agua y los vasos a la pequeña habitación que da al mar. Sentadas en los sillones, nos refrescamos. Todavía tengo el cuerpo tembloroso de nuestras caricias.

—Atsuko, no puedo imaginar mi vida sin ti.

Le toco la mano. Tras un momento de silencio, añade: —Desde que llegué a tu finca, mi vida ya no es como antes. Cada mañana me levanto contenta.

Le aprieto la mano mientras me acuerdo del día en que Fukiko se presentó allí por primera vez. Fue un reencuentro totalmente inesperado. Yo estaba agitada, a pesar de lo cual finalmente acepté contratarla. Desde entonces mi vida también es diferente. Estoy segura de que Mitsuo sentía algo parecido mientras se veía con su amante.

—Veinte años de matrimonio… —murmura Fukiko—. No sé cómo pudo durar tanto. Lo que es seguro es que yo nunca te había olvidado.

Le aprieto la mano con más fuerza.

Contemplamos las luces de las casas que rodean el pequeño puerto. Me viene a la mente el *intermezzo* de *Carmen*. Veo de nuevo a Fukiko tendiéndome el cuaderno y diciendo: «Me gustaría tener una amiga como tú».

Le hago una pregunta indiscreta:

—¿Has engañado a tu exmarido?

—No, no he conocido a nadie como tú. De todas formas estaba muy ocupada, primero con mis hijos y luego con mi suegra enferma. Y tú, Atsuko, ¿alguna vez has engañado a tu marido?

—No, pero Mitsuo a mí, sí.

—¡Qué sorpresa! —dice, abriendo los ojos de par en par—. Pero tú

me dijiste que todos los días vuelve a casa sobre las seis de la tarde y que pasa mucho tiempo con vosotros.

—Cambió de hábitos después de su aventura.

—¿En serio?

Le cuento por primera vez su relación amorosa con una antigua compañera de colegio y ella replica al instante: —¿Cómo? ¡Igual que nosotras ahora!

—Irónicamente.

—¿Por qué rompió con su amante? —me pregunta.

—Le propuse una separación y aquello le conmocionó.

—No me sorprende —dice Fukiko—. La mayoría de los hombres tienen aventuras, pero no se plantean fácilmente el divorcio. Imagino que mi exmarido era parecido. De hecho, sus amigos casados solían cortejarme.

Distraída, pienso en Mitsuo.

—¿Pensabas seriamente romper con él o era una especie de amenaza? —me pregunta Fukiko.

—Ambas cosas, probablemente. Lo importante era que los niños vieran a su padre regularmente.

Le explico que en ese momento Mitsuo estaba muy atareado con su trabajo en la revista *N.*, mientras que yo estaba emprendiendo el negocio agrícola. Mis hijos, que adoran la naturaleza como yo, me acompañaban al pueblo los fines de semana. Mitsuo raramente se reunía con nosotros. Yo ya me veía viviendo allí con los niños.

Fukiko me escucha sin interrumpir.

—Y un buen día me enteré de su aventura por una llamada anónima. Pasé delante de la casa de su amante. Era una mujer despampanante y sensual.

—¿En qué trabajaba?

—Era camarera. Tenía un hijo sin estar casada. Esos detalles me importan poco. Su imagen misteriosa me atormentó durante mucho tiempo. Por cierto, se parece a ti.

—¿A mí? ¿Sentiste un flechazo con ella?

Ese comentario me desconcierta y sonrío sin querer.

—¿Yo? ¿Un flechazo con la amante de mi marido?

—Si así fuera, me pondría muy celosa —dice Fukiko en tono burlón.

Estamos hablando como dos adolescentes.

—En realidad, quería saber las verdaderas intenciones de Mitsuo —le digo.

Fukiko concluye murmurando:

—Tu marido renunció a su amante, se mudó al pueblo por ti y por vuestros hijos e incluso dejó su puesto en una gran revista…

Se le quiebra la voz. Seguramente le entristece la diferencia de nuestras situaciones: ella está divorciada mientras que yo sigo casada con un hombre que ha hecho muchos sacrificios para que su familia se mantuviera unida.

Miro hacia el puerto, donde titilan las luces de las casas.

Son casi las once. Fukiko parece cansada, así que le digo: —Ahora vamos a acostarnos.

Hace un gesto con la cabeza. Volvemos a la habitación con tatamis donde están los dos futones juntos, como los de una pareja.

—Fukiko, basta de darle tantas vueltas. Hay que dormir bien para estar descansadas mañana.

Nos quedamos mirando unos instantes. Empiezo a desanudar su *obi* y, cuando he terminado, ella desata el mío. Nuestros *yukata* caen al tatami y nos besamos.

El lunes por la noche, Fukiko y yo regresamos de la isla de Sado.

En la estación de Nagoya, cada una toma un tren local. Yo voy hasta la estación de M. Justo cuando vamos a separarnos, Fukiko se da cuenta de que ha perdido su pulsera, la que le regaló su hija. «¡He perdido la cabeza por tu culpa!», me reprocha en broma.

Anochece. El tren está repleto de empleados que vuelven a casa. Cansados tras una larga jornada, algunos echan una cabezada. Imagino a sus mujeres hartas de esperar el regreso de sus maridos, como yo lo estaba en otro tiempo.

Antes de nuestra boda, Mitsuo me repetía con tono seguro que yo sería una buena madre, juiciosa, dulce pero firme. Lo soy ahora, creo. Y él es un buen padre, como yo me esperaba. Dormimos juntos, charlamos amigablemente. A pesar de todo, a veces me he planteado separarme de él, antes incluso de su aventura amorosa. No era solamente una cuestión de gustos diferentes. Yo sentía que a él le faltaba algo fundamental entre nosotros. Probablemente la química que une a dos seres, esa que evocó Fukiko.

El tren se acerca a M. Saco el móvil y llamo a casa. Responde Mitsuo: —¡Ah, estás de camino! ¿Dentro de quince minutos? Salgo ahora mismo a recogerte.

Su voz suena relajada. Añade que los niños también se han levantado y que esperan mi regreso con impaciencia.

El tren llega a la estación de M.

Al salir del torniquete, ya diviso nuestro coche viniendo hacia mí. Mitsuo agita la mano para hacerme una señal. Aunque me siento incómoda, trato de sonreírle. El coche se para delante de mí. Él se baja y mete mi maleta en el portaequipajes.

—¿Te ha gustado el viaje?

—Sí, todo ha sido perfecto —respondo maquinalmente.

—¿Fukiko estaba contenta?

—Sí.

Antes de que me haga más preguntas, le digo:

—¿Cómo fue tu visita a Kioto? ¿Los niños lo pasaron bien?

—Sí, fue muy agradable. Te lo contarán ellos mismos.

El coche se pone en marcha. Mitsuo habla sin parar los quince minutos del trayecto hasta la casa. Me relata orgulloso los detalles de la ceremonia de entrega de los premios de historia regional, donde él fue uno de los galardonados. Vuelvo los ojos hacia la ventanilla, desde la que no veo nada en la oscuridad. Pienso en Fukiko, en nuestros abrazos, en nuestras caricias y conversaciones íntimas… El corazón me empieza a palpitar.

Llegamos a casa. Los niños salen a recibirme.

—¡Mamá! ¡Te hemos echado mucho de menos!

Nos sentamos en el salón. Saco de la maleta una caja de dulces que compré en una tienda al lado del *ryokan*. Un suvenir escasamente original. Mi hija trae tazas de té.

Mitsuo me muestra el certificado enmarcado que lleva inscritos su nombre y el del premio. Entusiasmados, los niños me cuentan la ceremonia y la visita posterior al museo. Me parece que lo han pasado muy bien en Kioto.

—¡Papá hizo un discurso muy emotivo en el que te daba las gracias! —declara mi hija alegremente.

Me vuelvo hacia Mitsuo.

—¿Qué dijiste?

—Espera un momento.

Se va a la habitación y vuelve con una hoja de papel. Se sienta de nuevo y me explica: —Había preparado un texto con antelación. De hecho, lo escribí la noche en que marchaste a la isla de Sado.

Bajo la mirada. Veo de nuevo a Fukiko tendiéndome el cuaderno en el autocar. Un poco azorado, Mitsuo lee su alocución: —Este libro reúne artículos publicados en *Azami*. Cada vez que hago alguna investigación sobre el patrimonio cultural de nuestra región, lo comento con mi esposa, Atsuko, que me hace preguntas siempre pertinentes. Sus comentarios me estimulan enormemente. Gracias a ello consigo redactar artículos que tienen contenido al tiempo que parecen gustar a los lectores. Estoy infinitamente agradecido a mi mujer y comparto este prestigioso premio con ella, así como con mis hijos.

Los niños aplauden y dan gritos de alegría. El gesto de Mitsuo me emociona, pero no soy capaz de expresar mis sentimientos con franqueza.

—Gracias, cariño, es todo un detalle —digo, sonriendo débilmente.

Mi hijo propone:

—Mamá, te toca. Cuéntanos tu viaje con la señora Enju.

—Estoy deseando saber cómo era la isla de Sado. ¿El *ryokan* os gustó? —me anima mi hija.

No me apetece nada hablar de ello. Ya son las nueve.

—No, ahora no. Es demasiado tarde. Mañana tenéis colegio y debéis acostaros.

Decepcionados, salen del salón. Me pongo a recoger las tazas y la caja de dulces. Mitsuo me para suavemente.

—Yo me encargo. Date una ducha ahora, te espero en la cama.

Su rostro es cariñoso. «Me está invitando a hacer el amor esta noche», pienso. Trato de responderle, pero los labios se me crispan y no me sale ninguna palabra.

—Date prisa, Atsuko. Hay que madrugar mañana.

Es más listo que yo, creo. Durante el verano en el que tuvo su aventura, se comportaba de manera normal conmigo, incluso más amablemente que de costumbre. Hasta se volvió comprensivo respecto a mi negocio agrícola. Demasiado ocupada, probablemente yo era insensible a esos cambios.

—Esta mañana tomé un baño en el *ryokan* —respondo finalmente.

—¿Un baño por la mañana?

—¿Por qué no? Era una gran bañera familiar, de esas que me encantan. Quería aprovechar otra vez antes de desayunar.

Me mira fijamente unos instantes y yo aparto la vista. Con aire desconcertado, me pregunta: —¿He dicho algo que te ha molestado?

—No, cariño. Es solo que necesito descansar esta noche.

Parece decepcionado. Nos quedamos callados y un silencio forzado se instala entre nosotros.

—Mitsuo… —murmuro.

—¿Sí?

—Queda una cosa por resolver lo antes posible. Esto me preocupa desde hace varios meses.

—¿Una cosa por resolver? ¿De qué se trata?

—El bosquecillo de bambús.

—¿El bosquecillo de bambús? —repite, con aire desconcertado.

—Sí. Ahora está hecho una maraña. Es hora de limpiarlo.

—Pero a ti te encanta tal como está. Te recuerda a tu padre. ¿Qué quieres hacer con él?

—Hay que arrancar de raíz los viejos bambús para que los nuevos puedan crecer libremente.

—Imagino que eso costará caro.

—Sí, cariño. Pero esta operación es necesaria para el futuro de ese terreno.

Aún parece confundido. De nuevo un silencio tenso. Y bruscamente me pregunta: —¿De verdad has podido disfrutar el viaje con Fukiko?

Desnuda, estoy de pie en el cuarto para desvestirse.

No veo a Fukiko. ¿Dónde está? Entro en la sala de baños. El vapor se disipa y aparece una silueta esbelta. «¡Ah, ahí está!», pienso, alborozada.

Escucho una melodía de arpa. Es el comienzo del *intermezzo* de *Carmen*. Fukiko se levanta. Su cuerpo y sus brazos se ondulan con elegancia al ritmo de la música. Sus largos cabellos están trenzados y recogidos con una cinta verde amarillento. Se escucha la flauta. Camino sobre el suelo de bambú. Fukiko no advierte mi presencia y sigue bailando.

Me lavo y entro en el agua caliente y profunda. Sumergida hasta el cuello, me acerco a ella sin hacer ruido. Me alzo y la rodeo por detrás con mis brazos. Le beso el cuello suavemente y ella da un pequeño grito de alegría. Nuestras pieles se juntan. Le suelto las trenzas y los largos cabellos negros caen por su espalda. «Fukiko…», le susurro al oído. Ella se da la vuelta y me enlaza.

Estoy adormilada. Tengo el cuerpo excitado. De pronto, una mano titubeante se desliza por mi pecho debajo del pijama. Me acaricia los senos y luego desciende lentamente hacia el pubis. Estoy confundida. ¿Estoy en un sueño o en la realidad?

Percibo un olor familiar. Mitsuo está en su futón. Su cuerpo se halla tan excitado como el mío. Su sexo enhiesto me toca el muslo. Empieza a bajarme las bragas. Con los ojos cerrados, finjo que estoy adormecida. Se pone encima de mí. Acto seguido me penetra y comienza a mover las caderas, con respiración cada vez más acelerada.

Mitsuo se apaga encima de mí mientras yo pienso en Fukiko.

Fukiko y yo trabajamos juntas de continuo en la granja Tomo.

Desde nuestro viaje a la isla de Sado, hemos intimado y estamos cada vez más unidas. Para mí es un verdadero placer estar a su lado. Tenemos la suerte de que no necesitamos salir para vernos. Entre semana, ella viene a las nueve de la mañana y se va a las cuatro de la tarde. A la hora del almuerzo, estamos las dos solas en mi casa. Como la puerta está cerrada con llave, nadie nos molesta. Si viene alguien, se imagina que habremos ido a un restaurante o a otra parte.

Hicimos otro viaje poco después del de la isla de Sado. Esta vez visitamos G., un pueblo cercano a Kioto. Solo estuvimos un día, ida y vuelta en *shinkansen*, pero lo pasamos muy bien.

El propósito de esa escapada era conocer al tío de Fukiko, el señor Yada. Es el padre de su prima, la que se suicidó. Él y su mujer se mudaron a ese pueblo hace quince años y empezaron a cultivar brotes de bambú. Fukiko me ha contado que su tío, sabiendo que ella es homosexual, la felicitó por el divorcio. Asimismo, él se alegró al enterarse de que su sobrina por fin había encontrado un empleo en una granja.

El señor Yada me mostró su maravilloso bosque de bambús. Me explicó cómo lograron acondicionar el terreno, completamente salvaje y abandonado desde hacía años.

Hacía bueno y la temperatura era agradable. El matrimonio propuso que Fukiko y yo diéramos un paseo mientras ellos preparaban la comida. En el bosque hicimos el amor en medio de una calma total. Los bambús verdes brillaban, el cielo estaba azul, la luz del sol penetraba entre las hojas frescas… Nos quedamos enlazadas, sin decir palabra.

Al volver de Kioto, ocurrió un pequeño incidente desagradable.

—Han llamado de la isla de Sado —me dijo Mitsuo—. Era la dueña del *ryokan* donde os alojasteis.

No sabiendo de qué se trataba, me alteré.

—¿Por qué han llamado aquí?

—Una *nakaï* encontró una pulsera en la sala para desvestirse.

Agitada, me vino de nuevo a la mente el rostro de Tomi.

—Es de Fukiko —respondí.

—En ese caso, debe llamar a la dueña.

—Se lo diré enseguida. Ella creía que la había perdido. Se sentirá aliviada, porque es un regalo de su hija.

—La dueña me dijo «la señora Atsuko Kawano y su hermana». ¿Por qué mentisteis en el *ryokan*? —continuó Mitsuo.

—Para reservar solo una habitación —balbuceé—. Era un sitio caro.

—¿Dormisteis en la misma habitación? —me dijo, mirándome a los ojos.

—Naturalmente —contesté, bajando la mirada.

Se echó a reír de manera espontánea.

—¿Tenías miedo de que os tomaran por una pareja?

En apariencia, el tiempo pasa apaciblemente. Los niños van bien, el trabajo de Mitsuo y el mío progresan. Ojalá la vida siguiera así, sin tener que desvelar nada de mi historia con Fukiko, pero dudo que lo consiga. Evidentemente mi solución no será la de Mitsuo, que dejó a su amante para no desbaratar a su familia. Me pregunto cómo reaccionaría si se enterara de lo que hay entre Fukiko y yo.

Ya no quiero hacer el amor con Mitsuo.

Sábado. Es la una de la tarde y acabo de terminar de almorzar con mi familia.

Sola, descanso en el salón. Los niños se han ido al pueblo para participar en actividades deportivas. Mitsuo trabaja en su cuarto: está escribiendo un artículo para la revista, cuyo próximo número ha de salir dentro de una semana. En la radio ponen la *Sinfonía patética* de Chaikovski.

Anteayer fue la última cosecha de brotes de bambú. Se vendieron todos a los restaurantes y verdulerías habituales.

Durante los tres días de labor estuve principalmente con Fukiko, con el matrimonio anciano que vive al lado y con mi madre. Los niños se unieron a nosotros después de la escuela. Mi hijo impresionó a todo el mundo manejando la azada con destreza. En cuanto a Mitsuo, pasó un día entero con nosotros. Seguía igual de torpe. El anciano le tomaba el pelo: «¡Se ve que eres de ciudad! Para ti, tu pluma debe de ser la cosa más pesada del mundo».

Era la segunda vez que mi marido y Fukiko se veían desde la cena de bienvenida en el restaurante del señor R. Esta vez Mitsuo estaba visiblemente encantado, si no emocionado de ver nuevamente a Fukiko. Cada vez que le dirigía la palabra, ella contestaba con el mínimo de palabras. Al no saber lo de su divorcio, él le hacía preguntas sobre el señor Enju, que es un devoto de la revista. Yo observaba a Mitsuo mientras me preguntaba: «¿La relación sexual con su amante fue tan apasionada como la mía con Fukiko?».

Suena el teléfono. Es mi madre.

—Estoy sorprendida, Atsuko.

—¿Por qué?

—Hablo de la señora Enju. Ahora entiendo por qué estás tan contenta con ella.

Sus palabras me estremecen. «Mi madre sabe lo nuestro? No, no es posible…», pienso.

—Tu vecina dice que la señora Enju y tú os compenetráis bien en el trabajo. ¡Eso está muy bien! A tu padre siempre le costó encontrar buenos empleados.

—Mamá, tengo verdadera suerte de contar con alguien tan eficaz y fiable —respondo, aliviada.

—Así es. Espero que la señora Enju se quede en tu granja el mayor tiempo posible. Pero…

—¿Pero qué?

—¿No estás celosa de ella?

—No. ¿Por qué?

—Te repito que debes ser más consciente de la coquetería femenina. El otro día noté que tu vecino y Mitsuo le echaban continuamente miradas embelesadas, como todos los hombres en el restaurante del señor R.

—¿Otra vez te preocupas por mí? ¡Ya basta!

—Atsuko, tienes que ser realista en este punto. No quiero que sufras porque Mitsuo te vuelva a engañar.

La sinfonía de Chaikovski sigue sonando. Ahora mi madre habla de un sastre que acaba de abrir en el barrio. Ni me planteo desvelarle mi relación con Fukiko. Se quedaría impactada por el hecho de que yo desee a una mujer, lo que para ella probablemente es más grave que el propio adulterio.

—Atsuko, ¿cuándo vas a arreglarlo?

Vuelvo en mí. Confundida, le pregunto:

—¿Arreglar el qué?

—¡No me estás escuchando! Hablo del terreno de bambús. Ya es hora de acondicionarlo. Debes hacerlo sin demora. Si no, la operación resultará más complicada y costosa.

Pienso en mi situación con Fukiko. Mi madre me pregunta de nuevo: —¿Saldrá muy caro?

—Sí. Estoy pensando en pedir otro préstamo al banco.

—Podrías hipotecar mi casa.

—Es muy generoso de tu parte, mamá. Primero voy a hablarlo con Mitsuo.

Con un nudo en la garganta, me quedo callada. Antes de colgar, me pregunta: —¿Por qué estás escuchando una música tan triste?

El almuerzo está listo. Invito a Fukiko a entrar en nuestra casa, como de costumbre. Esta mañana, al estar tan ocupadas en la oficina y en el invernadero, no hemos tenido mucho tiempo para hablar. Tengo ganas de que descansemos juntas con toda tranquilidad.

A los postres, mientras tomamos tarta de frutas con un té, Fukiko me hace una propuesta inesperada.

—Me gustaría participar en tu proyecto.

—¿Mi proyecto?

—Sí, acondicionar el terreno de bambús. ¿Podrías aceptarme como inversora?

—¿Como socia?

Asiente. No sé qué responder. De hecho, acabo de hablar con Mitsuo sobre la posibilidad de hipotecar ese terreno. Él me ha dicho: «Confío en ti. Haz lo que quieras». Fukiko me explica: —He recibido una suma importante por el divorcio, mucho más de lo que me esperaba. Mi exmarido me está agradecido por los cuidados que presté a su madre enferma hasta su muerte. Me gustaría invertir una parte y he pensado en tu proyecto.

Se me queda mirando con semblante serio. Reflexiono. Ella espera mi respuesta sin insistir.

—De acuerdo —digo finalmente—. El hecho de ser socias haría que me sintiera más cómoda trabajando contigo.

Aun siendo una buena noticia, me quedo de nuevo pensativa y ella percibe mi inquietud.

—Espero que tu marido acepte la idea.

—¿Mitsuo? No habrá problema. Al contrario, se alegrará por mí, siempre que…

Me callo. Ella completa mi frase:

—Siempre que no se entere de lo nuestro.

—Tendré que decirle la verdad.

Sacude la cabeza.

—Aquí la verdad no es la prioridad. Para mí no es importante que nuestra relación sea conocida en nuestro entorno.

—Lo entiendo, pero…

Nos quedamos en silencio. Pienso en la tragedia de su prima, atrapada por su pareja, quien exigía que su relación se desvelara públicamente.

—Atsuko, siento haberte puesto en una situación complicada. Me he enamorado otra vez de ti y no lo lamentaré jamás. Nadie tiene derecho a juzgarme por eso. Pero, créeme, no he llegado a tu vida para destruir tu matrimonio.

—Lo sé, Fukiko. No es culpa de nadie.

Respiro profundamente y continúo:

—Me gustaría ser honesta con mi marido. Es un buen hombre.

—¿Aunque te haya engañado? —replica—. Si no hubieras recibido una llamada anónima revelándote su adulterio, él habría continuado con su relación.

—Probablemente. Pero en aquella época no teníamos relaciones sexuales. Gozando de buena salud, él sentía la tentación de satisfacer sus deseos.

—Entonces, en verdad fue una aventura para él.

—¿Quién sabe si fue seria o no? Sea como fuere, decidió retomar nuestra vida conyugal y familiar. Por desgracia, mi corazón ya no está con él y debo confesarle mis sentimientos.

—Será duro para Mitsuo.

—Seguramente, pero es mejor para él y para mí. Y a la postre para ti y para mí. Eso es lo que yo creo.

Paseo sola por el bosquecillo de bambús.

Pían los gorriones. Me paro un instante delante de una vieja planta rodeada de camelias en flor. El contraste entre sus colores, gris y rojo, me sigue impresionando. Evoca para mí el pasado y el futuro, la vejez y la juventud, la rutina y el cambio. Elevo los ojos hacia el cielo azul, entre las hojas. Corre una brisa suave. «¡Papá, soy granjera!», murmuro.

Es sábado y son aproximadamente las cinco y media de la tarde.

Esta mañana estaba desbordada con el reparto de cajas de espinacas a mis clientes. Había un montón. Mi hijo me acompañó en la furgoneta y me ayudó como un adulto. Sola en casa, mi hija lavó los platos e hizo la limpieza. Luego los niños se fueron a M. para ver una película. Mitsuo, por su parte, marchó a Nagoya para entrevistar a un arqueólogo y luego comprar algunos libros en su librería favorita. Ninguno de los tres está de vuelta.

Mientras paseo entre los bambús no paro de pensar en Mitsuo.

Salió de casa esta mañana cuando los niños aún estaban en la cama. Lo seguí hasta el coche, aparcado al lado del cobertizo.

—¿Me he olvidado algo?

—No, pero tengo una cosa para darte.

Se me quedó mirando, intrigado. Saqué un sobre del bolsillo de mi delantal. Mientras se lo daba, le dije: —Es una carta que escribí anoche.

—¿Una carta? ¿Para mí?

—Sí. ¿Puedes leerla hoy, quizá después de tu entrevista?

—Espero que sea una carta de amor… —me dice con tono burlón.

Meneo la cabeza.

—¿Algo serio?

—Sí. Es un tema delicado. Me pude expresar mejor por escrito.

Me temblaba la voz. Su rostro se ensombreció. Me escrutaba con

aire perplejo y yo me quedé callada. Él se guardó el sobre en el bolsillo interior de la chaqueta.

—Esta tarde volveré sobre las seis y media.

—De acuerdo. Conduce con cuidado.

El coche arrancó y yo retrocedí un paso. Él desapareció de mi vista sin volver la cabeza.

A esta hora Mitsuo ya debe de haber salido de Nagoya. No he recibido ninguna llamada suya desde esta mañana. Lo imagino leyendo mi carta en un café después de haber terminado su entrevista con el arqueólogo. Mi mensaje ha debido de conmocionarlo, pero no tengo ni idea de cuál será su reacción cuando vuelva. Me repito lo que le escribí: Querido Mitsuo.

> Anoche quería hablarte pero te acostaste pronto. Comprendo que estabas cansado por tu larga jornada antes de la publicación de un nuevo número. Pero yo tenía verdadera necesidad de hablar contigo sin demora, así que decidí escribirte esta carta.
>
> El asunto es serio. Ninguna de las personas que me rodean está enterada. Excepto Fukiko. No te ofenda que mi empleada lo sepa antes que tú, ya que esto nos concierne a ella y a mí.
>
> Voy a confesarte algo muy importante. Es un hecho embarazoso que quiero mantener en secreto para todo el mundo, excepto para ti.
>
> Quiero a Fukiko y ella a mí, como se quieren un hombre y una mujer.
>
> Como te conté, conocí a Fukiko en el último año del instituto. Fuimos amigas solamente durante un año. Mientras yo continuaba mis estudios en el *tandaï*, ella se casó.
>
> En realidad Fukiko y yo estábamos enamoradas la una de la otra, pero yo todavía no sabía lo que eso significaba. Simplemente creí que se trataba de una amistad íntima o una especie de amor platónico. Pero, tras nuestro reencuentro después de más veinte años, nos hemos vuelto a enamorar.
>
> Todavía no te lo he dicho, pero Fukiko se divorció poco antes de nuestro viaje a la isla de Sado. El motivo era su sexualidad. Ahora se apellida Yada. Cuando tú insististe en que yo viajara con ella, me sentí incómoda e ilusionada al mismo

tiempo. Siento muchísimo haberte engañado.

Créeme, amor mío, que sigo sintiendo un cariño enorme por ti.

Eres un hombre bueno, honesto y sincero. Nunca he lamentado haberte conocido y haber tenido hijos contigo. Al contrario, estoy orgullosa de que seas su padre. Te estoy verdaderamente agradecida por tus esfuerzos para que yo pudiera trabajar en la granja. Un millón de gracias.

El problema es que yo no estaba segura de mí misma.

Cuando me enamoré nuevamente de Fukiko, me trastornaba al pensar en ti. No sabía qué hacer. Mi conclusión fue hablarte de ello con franqueza, como mi confidente más importante en este mundo, Atsuko

Se está poniendo el sol. Ya son las seis y media. Mitsuo y los niños probablemente hayan regresado y tengo que preparar la cena. Salgo del terreno de bambús.

Paso entre las petasitas, cuyas hojas están a unos treinta centímetros del suelo. Son más sólidas de lo que esperaba. La altura de estas plantas puede exceder un metro. Estoy deseando ver que las mías alcancen ese tamaño. Acuclillada, observo las grandes hojas que cubren un amplio espacio. Me acuerdo de las palabras de Mitsuo: «¿Los tallos permanecen todo el tiempo bajo tierra? Qué curioso».

De pronto emerge en mi mente el rostro de Mitsuko T. Me doy cuenta de que había olvidado su existencia desde hace un tiempo. Antes, cada vez que Mitsuo marchaba a Nagoya, yo pensaba de nuevo, automáticamente y con un sentimiento mezclado, en esa mujer sensual y misteriosa. Pero ahora no.

Sopla una brisa fría. Me levanto para volver a casa. En ese momento diviso a Mitsuo en lo alto de la cuesta. Ha regresado de Nagoya.

Baja el sendero lentamente. No puedo distinguir su expresión. A medida que se acerca, mi corazón late cada vez con más fuerza. Empiezo a subir el sendero. Pronto estaremos cara a cara. Veo su débil sonrisa mezclada con lágrimas y no sé qué decir. Él es el primero en hablar: —¿Cómo van los *fuki*?

—Están creciendo bien. Los cosecharemos pronto.

—Estupendo.

Se hace un silencio y nos quedamos parados unos instantes.

—Lo siento —digo finalmente.

Desvía la mirada como si escondiera su emoción. Luego continúa tranquilamente: —Los niños tienen hambre. ¿Vamos?

Le hago un gesto con la cabeza. Él se encamina hacia la casa y yo lo sigo. El sol ya ha desaparecido. Elevo los ojos por un instante hacia la montaña. En lo alto se alza, pálida, la luna llena.

GLOSARIO

Azami: cardo.
Bentô: comida rápida servida en un envase para llevar.
Enju: especie de árbol de hoja caduca. Acacia de Japón.
Fuki: petasita.
Fuki-no-tô: tallo floral de la petasita.
Fûzoku-ten: establecimiento donde se ofrecen servicios sexuales.
Hiragana: escritura silábica japonesa.
Kanji: ideogramas chinos.
Love-hotel: hotel donde se puede reservar una habitación por horas o por noches para tener relaciones íntimas.
Miso: pasta de soja fermentada.
Nakaï: camarera en un hostal japonés.
Obi: cintura del kimono.
Ofuro o *furo*: bañera japonesa honda. Uno se lava fuera antes de sumergirse en el agua caliente.
Pink-salon: tipo de establecimiento de servicios sexuales.
Ryokan: hostal japonés.
San: sufijo de cortesía equivalente a *señor*, *señora* o *señorita*.
Shime-nawa: cuerda sagrada, formada por trenzas hechas con paja de arroz.
Shinkansen: tren de alta velocidad japonés.
Shôsha-man: empleado de una firma comercial.
Tandaï (tanki-daïgaku): instituto universitario que ofrece programas de

dos años.

Yukata: kimono ligero de algodón para el verano.

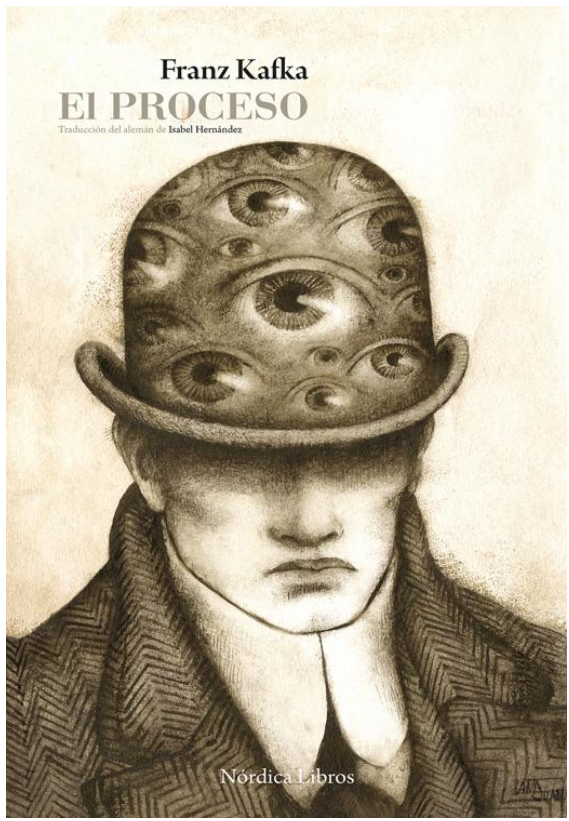
Si te ha gustado

Fuki-no-tô, la granja de Atsuko

te queremos recomendar

El proceso

de *Franz Kafka*



Arresto

Alguien debía de haber hablado mal de Josef K., puesto que, sin haber hecho nada malo, una mañana lo arrestaron. La cocinera de la señora Grubach, su patrona, que todos los días hacia las ocho de la mañana le llevaba el desayuno, no acudió en esa ocasión. Aquello no había sucedido jamás. K. esperó aún un momento mirando desde su almohada a la anciana que vivía enfrente y que lo observaba con una curiosidad nada habitual en ella, pero luego, extrañado y hambriento a la vez, pulsó el timbre. Enseguida llamaron a la puerta y entró un hombre a quien jamás había visto en esa casa. Era delgado y de constitución fuerte, llevaba un traje negro y ceñido, provisto de diferentes pliegues, bolsillos, hebillas y botones, y de un cinturón igual que el de los trajes de viaje, por lo cual parecía especialmente práctico sin que uno supiera muy bien para qué servía todo aquello.

—¿Quién es usted? —preguntó K., incorporándose a medias en la cama.

Pero el hombre hizo caso omiso de la pregunta, como si hubiera que aceptar su presencia allí y se limitó a decir a su vez:

—¿Ha llamado usted?

—Anna tiene que traerme el desayuno —dijo K., tratando primero de averiguar en silencio, pensando atentamente, quién era en realidad aquel hombre.

Pero este no se expuso demasiado tiempo a sus miradas, sino que se volvió hacia la puerta que entreabrió un poco para decirle a alguien que, evidentemente, estaba tras ella:

—Quiere que Anna le traiga el desayuno.

Siguieron unas breves carcajadas en la habitación contigua, por el tono no era posible asegurar si se trataba de varias personas. Aunque por él el desconocido no hubiera podido enterarse de nada que no hubiera sabido ya de antemano, dijo a K. en tono de notificación:

—Es imposible.

—Pues eso sería algo nuevo —dijo K. saltando de la cama y poniéndose rápidamente los pantalones—. Voy a ver quién está en la

habitación contigua y qué explicaciones me va a dar la señora Grubach por estas molestias.

Enseguida se dio cuenta de que no tenía que haber dicho eso en voz alta, pues con ello reconocía cierto derecho del desconocido a vigilarlo, pero en ese momento esto no le parecía importante. De todos modos, el desconocido lo interpretó así, porque dijo:

—¿No prefiere quedarse aquí?

—Ni quiero quedarme aquí ni que usted me dirija la palabra hasta que se haya presentado.

—Lo he dicho con buena intención —dijo el desconocido abriendo voluntariamente la puerta.

La habitación contigua, en la que K. entró más despacio de lo que quería, presentaba a primera vista casi el mismo aspecto que la noche anterior. Era el cuarto de estar de la señora Grubach; quizás había hoy un poco más de espacio que de ordinario en esa habitación repleta de muebles, tapetes, porcelana y fotografías; no podía apreciarse al instante, sobre todo porque el cambio principal consistía en la presencia de un hombre sentado junto a la ventana abierta con un libro del que levantó la vista justo en ese momento.

—¡Debería haberse quedado en su cuarto! ¿No se lo ha dicho Franz?

—Sí, ¿qué es lo que quiere usted? —dijo K. y, apartando la vista del individuo que acababa de conocer, miró al llamado Franz, que se había quedado de pie junto a la puerta, para volver a mirar luego al primero.

A través de la ventana abierta, se veía otra vez a la anciana que, con curiosidad verdaderamente senil, se había acercado a la ventana para poder seguir viéndolo todo.

—Pues quiero a la señora Grubach… —dijo K. y, haciendo un movimiento como si quisiera deshacerse de los dos hombres que, sin embargo, estaban a bastante distancia de él, trató de seguir andando.

—No —dijo el hombre que estaba junto a la ventana, arrojando el libro sobre la mesita y levantándose—. Usted no puede marcharse, está arrestado.

—Eso parece —dijo K.—. Y ¿por qué? —preguntó a continuación.

—No nos han encargado decírselo. Vaya a su cuarto y espere. El procedimiento acaba de iniciarse y se enterará de todo a su debido

tiempo. Estoy sobrepasando mis atribuciones al hablarle con tanta amabilidad. Pero espero que no nos siga nadie más que Franz, él mismo es muy amable con usted en contra de toda norma. Si en adelante sigue teniendo tanta suerte como con la designación de sus guardianes, puede tener confianza.

K. quiso sentarse, pero entonces vio que en toda la habitación no había otro sitio donde sentarse más que la silla de la ventana.

—Ya verá como todo esto es cierto —dijo Franz y, junto con el otro hombre, se dirigió hacia él.

En particular este último era considerablemente más alto que K. y, a menudo, le daba palmaditas en los hombros. Ambos examinaron la camisa de dormir de K. y le dijeron que ahora tendría que ponerse una mucho peor, pero que se la guardarían igual que el resto de su ropa interior y que se la devolverían si su caso se resolvía favorablemente.

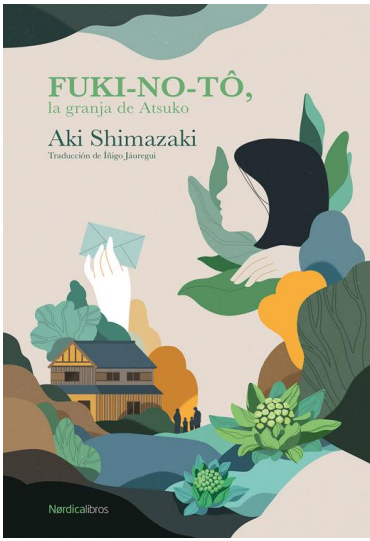
—Es mejor que nos dé las cosas a nosotros en vez de al almacén —dijeron—, porque en el almacén a menudo se producen fraudes y, además, allí todos los objetos se venden al cabo de un tiempo sin tener en cuenta si el proceso del que proceden ha terminado o no. ¡Y lo que duran los procesos así, sobre todo en los últimos tiempos! Al final usted recibiría del almacén el importe de la venta, pero este importe es, en primer lugar, bastante bajo, pues en la venta lo que decide no es lo alto de la oferta, sino lo alto del soborno, y, en segundo, por experiencia, tales importes van reduciéndose al pasar de mano en mano y de año en año.

K. apenas prestó atención a estas palabras; no valoraba demasiado el derecho, que quizá pudiera tener aún, a disponer de sus cosas; mucho más importante era para él obtener una información clara sobre su situación; en presencia de aquella gente, sin embargo, no podía siquiera reflexionar, y el segundo de los guardianes (pues solo podían ser guardianes) no dejaba de darle con la barriga de manera amablemente formal, pero si levantaba la vista veía una cara seca y huesuda con una nariz grande y torcida que en absoluto encajaba con aquel cuerpo obeso, una cara que, por encima de su cabeza, se entendía con la del otro guardián. ¿Qué hombres eran aquellos? ¿De qué hablaban? ¿De qué autoridades dependían? Porque K. vivía en un estado de derecho, la paz reinaba en todas partes, todas las leyes se respetaban, ¿quién se atrevía a asaltarlo en su propia casa? Siempre

procuraba tomarse las cosas de la mejor manera posible, creyendo lo peor solo cuando sucedía, sin tomar ninguna precaución para el futuro, incluso cuando todo pareciera amenazarlo. Pero en este caso no le parecía lo acertado; sin duda podía verse todo como una broma, una broma pesada que, por razones desconocidas, quizá porque ese día cumplía treinta años, le habían preparado sus compañeros del banco; naturalmente era posible, quizá solo necesitaba reírse como fuera en las narices de sus guardianes para que ellos se rieran también, quizás no eran más que unos mozos contratados en la esquina de la calle, no eran muy distintos de ellos; a pesar de todo, esta vez estaba decidido, ya desde que había visto a Franz por primera vez, a no dejar escapar de sus manos la más mínima ventaja que pudiera tener sobre esa gente. K. veía poco peligro en el hecho de que después le dijeran que no había sabido entender una broma, pero se acordaba bien (sin que fuera su costumbre aprender de la experiencia) de algunos casos en sí insignificantes, en los cuales, a diferencia de sus amigos y sin la más mínima intuición para las posibles consecuencias, se había comportado deliberadamente de manera imprudente, y había sido castigado por ello. No debía suceder más, por lo menos no esta vez: si era una comedia, él también quería actuar.

Todavía era libre.

Fuki-no-tô, la granja de Atsuko



Atsuko es feliz en la pequeña granja con la que siempre ha soñado. Su negocio va bien y pronto necesitará contratar ayuda. Cuando su marido aceptó dejar la ciudad para compartir con su familia esta vida en el campo que no es propia de él, ella supo reconocer los sacrificios que le costó. Pero un amigo que resurge del pasado también la confronta con otras opciones: Atsuko tendrá que ordenar su existencia y sus deseos, tan enredados como un bosque de bambú abandonado.

Todas las novelas de Aki Shimazaki pueden leerse individualmente o desordenadas dentro de una pentalogía, y forman una obra singular.

Aki Shimazaki. Novelista y traductora canadiense de origen japonés. Se mudó a Canadá en 1981, y ha vivido en Vancouver y Toronto. Actualmente vive en Montreal, donde enseña japonés. Escribe y publica sus novelas en francés desde 1991.

Título original: *Fuki-no-tô; L'Ombre du chardon, 4*
© ACTES SUD, 2020
Edición en ebook: marzo de 2024
© Nórdica Libros, S.L.
C/ Fuerte de Navidad, 11, 1.º B
28044 Madrid (España) www.nordicalibros.com
ISBN: 978-84-10200-20-3
Diseño de colección: Filo Estudio e Ignacio Caballero
Maquetación: Diego Moreno
Corrección ortotipográfica: Victoria Parra y Ana Patrón Composición digital: leerendigital.com Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Índice

Portada

Fuki-no-tô, la granja de Atsuko

Glosario

Promoción

Sobre este libro

Sobre Aki Shimazaki

Créditos